MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

CRITICA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 7. SABADO, ABRIL 25 DE 1931 Edición de 8 páginas

El halcón negro



En lejanos tiempos hubo un doncel bello y galante, que tenía por nombre Guillermo. En veinte reinos a la redonda que se hubiesen recorrido, no se hubiese encontrado otro tan apuesto, gallardo y gentil; y siendo por su cuna de elevada estirpe, no había sido todavía armado caballero. Siete años llevaba servidos a un castellano como mesnadero y aun no leales servicios, lo que hacía no como mesnadero y aun no que aun se hallara en situación de paje.

Justo es, sin embargo, hacer constar que el lindo doncel no mostraba el menor deseo ni sentía comezón alguna por elevarse a la condición de "armado caballero"; y era ello por la eterna causa del amor. El pajecillo, presa de ardiente pasión, amaba a la esposa del castellano a cuyas órdenes estaba, y si prefería y gustaba de la sencilla vida de servidor, es porque amando exaltadamente a la dama todo lo sometía a su encendido sentimiento,

Ella, desde luego, ignoraba que el doncel la amaba tan profundamente, pues de saberlo, de fijo que le hubiese prohibido revelarle su atrevido y cálido amor. Era muy hermosa.



Llegó un día en que el caballero castellano se fué a probar su valor y gallardía a un lejano país; y le acompañó numeroso cortejo de caballeros y de servidores. Guillermo sintió gran preocupación, porque prefería quedarse; pero como no era más que un pajecillo, su señor se fué sin él.

Era, evidentemente, el momento propicio para Guillermo. Se resolvió, pues, a declarar a su señora su amor.

Dirígese a la cámara privada de la dama; y habiendo llegado hasta la puerta, la empuja suavemente y sin hacer el más leve ruido penetra en la estancia.

La suerte le favorece. Encuentra sola a su amada. No quiso el lindo Guillermo demorar el deseado momento, y aprovechó bien la soledad de la señora, que, sentada en el lecho, se mostraba tan bella como jamás se había visto otra. Absorto quedó el paje ante la hermosura de su amada, y más perplejo aún cuando recibió de ella la dulce mirada de sus ojos.

Guillermo le pidió permiso a la señora para sentarse a su lado. Dióselo ella, y durante un rato la entretuvo con su con-



El halcón negro

versación y sus juegos inocentes, a que ella correspondía con agrado. Luego, le pidió autorización para contarle el cuento de un enamorado. Como la señora se lo concedió, Guillermo le habló de un joven que estaba prendado de una dama, pero que no se atrevía a decírselo. ¿Qué debía hacer aquel enamorado? ¿Declararse o seguir ocultando su amor?

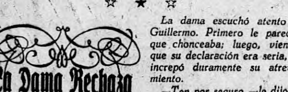
La señora dijo:

—Mi parecer, Guillermo, es que ese enamorado no se ha conducido con sabiduría al callar y ocultar su noble sentimiento, pues hablando y dando a conocer a su amada su sentir, ella seguramente hubiese tenido para él benevolencia y consuelo.

Guillermo lanzó una plañidera queja, y suspirando luego agregó:

—Pues ante vos tenéis, señora, al que de tal modo padece por vuestro amor hace largo tiempo.

☆ ★ ☆



La Dama Rechaza Cruelmente al Enamorado

La dama escuchó atento a Guillermo. Primero le pareció que chonceaba; luego, viendo que su declaración era seria, le increpó duramente su atrevimiento.

—Ten por seguro —le dijo— que yo no te amaré jamás y sabe que persona alguna osó hablarme como tú acabas de hacerlo. Así, pues, insensato mancebo, huye de aquí, si no quieres perder tu vida en muy poco tiempo.

No hay necesidad de decir cómo quedaría Guillermo al oír tan cruel respuesta. Suplicó ternura a su amada, pero ella se mantuvo en su negativa y cada vez respondió al paje con mayor hosquedad. En vista de lo cual, Guillermo, que también se mantenía firme en su amor, anunció a su señora la decisión de no volver a probar bocado en su vida, mientras ella no se ablandase.

—Pues por San Brandán —replicó la dama— te juro que ayunarás por mucho tiempo.

Guillermo, sin añadir palabra, salió de la cámara, para hacerse disponer un lecho en habitación, en el que se tendió sin lograr reposar ni conciliar el sueño un solo instante.

Tres días completos permaneció acostado el doncel, sin comer ni beber cosa alguna, y llegó el cuarto día y en la misma actitud se mantuvo, y durante este tiempo la dama sostúvose altiva y orgullosa, sin dignarse atenderle ni auxiliarle, aun siendo sabedora de que Guillermo persistía en sus ayunos.

☆ ★ ☆

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

Y ahora es bien que hablemos del castellano, que ya vuelve de su torneo acompañado de señores y vasallos. Llega la nueva al palacio, porque se ha adelantado un escudero para anunciar a su señora que el señor torna de la justa y que con él vienen quince prisioneros, todos ellos poderosos y ricos, siendo el resto del botín, en consecuencia, abundante y valioso.

La dama llénase de alegría al saber la próxima llegada de su amo y señor y en seguida prepara y adorna las cámaras y estancias; dispone una copiosa y suculenta comida y se atavía con sus mejores galas para salir al encuentro de su esposo.

Pero ya dispuesta para el recibimiento, se acuerda la dama de Guillermo y piensa que será mejor ir a advertirle al paje de la proximidad del amo, para ver si desiste de su terca resolución de no comer y dejarse morir de consunción mientras ella no lo quiera.

Guillermo está tan débil y abstraído, que en los primeros instantes no advierte la presencia de su señora a su lado; cuando la nota, refleja en su rostro un movimiento de alegría; pero la señora le anuncia la llegada del caballero y le aconseja una vez más que se alimente, pues será inútil su terquedad.

A todo lo dicho por la dama contestó Guillermo displicente:

—Poco me importa ya la llegada de mi señor.

Y viendo la dama tan insistente y fiera actitud en el paje, replicó decidida:

—Por el glorioso San Dionisio te aseguro que mi marido sabrá en cuanto llegue, por qué yaces en este lecho y por qué te niegas a comer.

Pregunta por su Paje el Caballero

Llegaron los caballeros y sentáronse ante los manjares en torno a las mesas, sirviéndose de las viandas y bebidas a más y mejor. Juntos, como es de suponer, comieron el castellano y la dama y llegó el momento en que el caballero escrutó con su mirad por toda la estancia, buscando al paje Guillermo, el que debía haber venido a servir y a atender a su señor; y quedando un tanto perplejo ante la ausencia del doncel, preguntó el castellano:

—¿Cómo es, señora, que nuestro Guillermo no ha comparecido todavía?

—Porque está delicado de salud —contestó la dama— y enfermo de un mal del que será difícil que pueda sanar.

—Pues me apena grandemente —repuso el caballero— el que Guillermo padezca y tenga algo que no sea bien para él.

No dijo más el caballero; pero su esposa, que tenía deseos de darle a conocer cuál era el mal que padecía el paje, dijo a su esposo:

—Estoy sorprendida de que no hayáis ido a ver a Guillermo, y estimo que deberíais enteraros a fondo del mal que tan cruelmente le hace sufrir, aun cuando pienso que el muy ladino se está haciendo pasar por enfermo fingiendo una grave dolencia.

Y entonces fueron juntos en busca de Guillermo, que, como siempre, hállase abismado en sus tristes pensamientos.

☆ ★ ☆



El Paje Será Desenmascarado

La dama y el caballero lléganse al pajecillo, que no teme a la muerte, que pronto ha de sobrevenirle, porque antes prefiere morir que vivir atormentado con la pena y martirio que lo devora.

El caballero se arrodilla a los pies del lecho donde yace el doncel y, dulcemente, le habla así:

—Dime, Guillermo, ¿qué mal es ese que tan postrado te tiene, habiéndote sorprendido tan de repente?

—Señor —contesta el paje— sufro terrible mal de gota y siento que me va corroyendo todos los miembros de pies a cabeza, y presiento que ya nunca más me levantaré de este lecho.

Y su señor le pregunta entonces, suavemente:

—¿No podríais comer y beber?

—No —contesta el doncel—; porque mi cuerpo no admitiría cosa alguna de las que Dios hizo para deleite de los paladares.

Tan excitada y en sobresalto estaba la dama, que no pudo permanecer callada por más tiempo, e interrumpiendo entonces al paje, dijo:

—Nada de lo que Guillermo dice es cierto, y os prevengo, señor, que habla tan sólo de lo que le conviene y le parece. Yo sé la verdad de su mal, que, desde luego, no es el que os ha declarado, sino dolencia que al que la padece hace sumirse en sudor y temblores.

Y dirigiéndose a Guillermo, añade la dama:

—Por mi fe te juro que si no comes he de hacer que llegue para ti el terrible momento que no olvidarás nunca mientras vivas.

☆ ★ ☆



¡Ni Ahora ni Nunca!

—Podéis, señor hacer de mi lo que queráis —contestó el paje— y prosiguió: Vos, mi ama, y él, mi dueño y señor, podéis disponer cuanto os venga en gana, ya sea en beneficio o en castigo mío. Pero en cuanto a obligarme a comer, todo lo que pretendáis será inútil, porque no abriré la boca aunque me hicieran pedazos.

Y, viendo el firme tesón de Guillermo, replicó ella:

—Pues en ese caso, oídme, señor y esposo mío. Vais a saber de qué modo ha pretendido engañaros el lindo pajecillo. Tan pronto como partisteis al torneo, este mancebo que aquí se finge enfermo, tuvo la audacia de llegar hasta mi cámara, y ya en presencia mía...

—Exclama entonces el caballero, interrumpiendo a la esposa:

—¿Que Guillermo se ha atrevido a llegar hasta vuestra cámara? ¿Y para qué? ¿Qué pretendía de vos?

—Ahora vais a saberlo — y nuevamente, dirigiéndose al paje la dama le pregunta apremiante:

—Guillermo, ¿vas a comer y beber?, porque de no hacerlo, revelaré a mi esposo, tu señor, lo que fué deshonor y vergüenza tuya.

—A lo que replica el paje con dura firmeza:

—Ama y señora, ni ahora ni nunca haréis que coma ni beba.

La Señora Habla por Fin

Y ya entonces, con la natural impaciencia, intervino el caballero nuevamente para decir:

—¿Acabaréis, señora de hablar? ¿Me tenéis acaso por un necio falto de seso, capaz de soportar pacientemente tan ridícula actitud de una y otro? Si persistís el uno en no comer y la otra en seguir callando, os azotaré a entrambos, hasta obligaros a los dos a lo que me proponga.

Y oída tan enérgica amenaza, contestó la dama.

—Razón tenéis, señor, para hablarme de ese modo, pero escuchad para que conozcáis toda la verdad.

Y otra vez, dirigiéndose al paje, le apremió por último en esta forma:

—¡Guillermo, comes y bebes, o hablo!

Limitóse el paje a suspirar lánguidamente, y como invadido de profunda tristeza, contestó humildemente a su señora:

—Será inútil, señora, que pretendáis hacerme comer ni beber si no encalmáis antes las ansias de los males que atormenta mi corazón.

Y ya entonces la dama, conmovida y cual si hubiera quedado vencida por el amor de Guillermo, pretendiendo a un tiempo acabar con tan enojosa situación, díjole al esposo:

—Esposo mío: Guillermo ha osado pedirme nada menos que vuestro halcón preferido, el halcón negro. Naturalmente, yo me negué a dárselo, porque sobre vuestras aves no tengo derecho alguno.

☆ ★ ☆



Si el Señor Consiente....

—Pues mal hicisteis, señora —replicó el caballero—; que antes quiero ver muertos a todos mis halcones y aguiluchos, que a mi paje sufrir una sola hora.

Y entonces, sorprendida la dama, añadió:

—¡Ah! ¡Pues ya que así deseáis satisfacer su capricho, se lo daremos, señor! ¡Se lo daremos, señor, que no he de ser yo quien se lo niegue!

Y, dirigiéndose al lindo doncel, añadió:

—Ya lo has oído, Guillermo: por mi parte, dispuesta estoy a complacerte. Si mi dueño y señor es el primero en ofrecértelo, fuera en mi necedad privarte de tan espléndido regalo.

☆ ★ ☆



Guillermo Alcanza su Premio

Inútil será explicar el gozo de Guillermo al oír tales palabras a su amada. No bien salieron de la estancia la dama y su esposo, levantóse el paje de su lecho, porque su dolencia había ya cesado. Pronto se calmó y se vistió, dirigiéndose luego a la sala del palacio, en donde, al verle entrar la dama, le recibió con un apasionado suspiro, porque el dios del amor había lanzado ya sobre ella su flecha envenenada.

Y díjole el señor al pajecillo:

—Extraño poder debes tener sobre mi para haberme convencido con tan escasas razones, obligándome a hacerte el regalo de mi halcón negro favorito; porque te aseguro que no habría nadie en el mundo entero, ya fuese necio o sabio, audaz o prudente, príncipe, noble o allegado mío, al que, ni por amistad ni por pago a sus servicios hubiese hecho don semejante.

Y luego, dando órdenes a otro servidor, añadió:

—Vé en busca de mi mejor halcón y entrégaselo a Guillermo.

Y pronto obedeció el criado, llegando súbito con el ave, la que fué donada al bello doncel por las propias manos de su señor.

Guillermo tomó la espléndida pieza de cetrería muy agradecido, en tanto le musitaba su amada:

—Ya conseguiste el halcón, y, con él, doble paga a tus servicios.

Y así fué, porque antes de apuntar el nuevo día, el pajecillo poseía el halcón del castellano, habiendo gustado, además, el dulce amor de su dama.

ESTE hermoso cuento ha sido especialmente traducido y adaptado para CRITICA de un "fabliau" francés de la Edad Media, uno de aquellos relatos ya trágicos, ya picarescos y siempre satíricos que se adelantan en dos siglos al Renacimiento de Boccaccio.

Ilustró PREMIANI




¡TOS! ¡EL TAMBOR SINIESTRO!
SOLUCION DUFOUR
CLORHIDROFOSFATO
DE
calcio, guayacolado
DROGUERIA DE LA ESTRELLA LDA
¡REDUZCALO A SILENCIO!
En la habitación en penumbra, suenan los golpes de tos como el eco de un tambor en la noche. . . ¿Resfrío? ¿Bronquitis? Si, algo de eso; pero la gravedad no existe aún; eso se cura fácilmente con un remedio enérgico.
El peligro está en las complicaciones. La tuberculosis es el enemigo en acecho! Conjure rápida, segura y positivamente la afección con Solución Dufour — científica y famosa preparación que suprime la tos, catarro e inflamación bronquial, como por encanto. Solución Dufour mantendrá a raya al enemigo!—En venta en las mejores farmacias.
Preparado por las grandes fábricas y laboratorios farmacéuticos de la
DROGUERIA LA ESTRELLA LIMITADA, RIVADAVIA 1501, ESQ. PARANA
EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
SOLUCION DUFOUR

Solo Por La Arabia Pétrea

ANDRES ESPINOSA es un vasco español que el año último emprendió por su cuenta y sin compañía alguna un viaje desde su patria al famoso monte bíblico Sinaí. De su interesante relato, publicado por "El Sol" madrileño, hacemos aquí un resumen.

ON la mochila en la espalda, y en la diestra una ligera caña india, empiezo a caminar por el desierto de Kaah. Ayer ya tomé mi croquis de orientación, y creo acertaré la ruta; llevo también dos mapas, brújula, etc.

La falta de costumbre de llevar tanto peso en la mochila me molesta al principio; pero como la arena tiene suficiente dureza, debido a la humedad del mar, se camina bien.

Todo en el amplio espacio tiene la gracia de la "noche serena" de Fray Luis. La luna proyecta mi sombra en el suelo.

Yebel El Tor descansa sin pesadillas. Las cubistas edificaciones y el grupo de ágiles árboles, con la luz del astro de la noche, han cambiado de categoría; ahora no son aquellas pobres viviendas donde la miseria aparecía al instante, ni aquellas enfermizas palmeras agostadas por tanto sol y tanto viento, sino que, unificadas por esta aletargada arena y por ese mar de lentejuelas, y cobijadas por la limpia esfera celeste, constituyen en el magistral conjunto una estrella más. Quisiera en estos momentos ser poeta para cantar lo que veo. Con estos espectáculos, no es posible sentir ninguna duda ante la marcha por lo desconocido.

Llevo buena zancada y es que el fresco de la madrugada y la semioscuridad excitan y animan los nervios; además me conviene avivar, porque desde las once de la mañana hasta las cinco próximamente de la tarde caminar por el desierto es ir dejando energías en la arena. Calculo tendré, por lo que me dijeron, unas ocho o nueve horas de desierto antes de entrar en los "wadis" (grandes desfiladeros en la montaña, de estrecho paso).

Ha sido sorprendida la música suave del aire, por el "cri-cri" de un grillo, y un gallo parece tenerle envidia, y con sus quiquiriquíes anuncia la mañana. El foco lunar alumbra lo suficiente para ver en la marcha. Durante un buen rato piso terreno liso; pero no tardo en empezar a caminar por pequeñas ondulaciones.

LAS PRIMERAS LUCES

LLEVO mi dirección tomando de punto de orientación la montaña Shomar. Va viniendo la luz del día sigilosamente. Paso junto a un pequeño oratorio mahometano, el más distante del pueblo, a las cuatro y cinco. La arena, en un principio limpia y fina, se encuentra, a medida que gano terreno, mezclada de pedrezuela: pequeñas partículas de las monstruosas montañas de granita. Así que cuanto más ando, hallo el suelo en mejores condiciones para la pisada. Ya empieza el desierto a engañarme — en el desierto todo son sorpresas. Lo que en Tor me parecía lo iba a alcanzar rápidamente, se me va presentando con un fondo de perspectiva interminable, y el Shomar, cuanto más camino, lo encuentro más lejano — para la parte visual, no para la realidad; — quien no tiene en cuenta esta pequeña ciencia del terreno puede sufrir consecuencias lamentables. Y en estos recorridos, donde haya desierto y grupos tan cerrados de montañas rocosas, hay que sentirse camello; tomar la dirección y pensar: "allí tenemos que ir, pues allí iremos con temple y sin precipitación". Apenas si valen en estos casos las originalidades y las iniciativas propias. Este macizo de la Arabia Pétrea es el núcleo más compacto y acaso el laberinto más grande de las montañas del mundo. (Pero no adelantemos las cosas, que ya vendrán por su ser natural).

VA A SALIR EL SOL

TODO el largo frente montañoso que se extiende de Norte a Sur, y a cuya espalda tiene el Este, se perfila por instantes, de tal forma, que ya no tardará mucho en salir el Sol. De un color marrón a largas fajas y de salpicaduras "weig", es el traje del desierto; las montañas, sin embargo, haciéndose las ingenuas, aunque de más malicia que esta pobre tierra, se han vestido de azul agrisado muy claro.

Sin dar tiempo a nada, sale el Sol; pero todavía no se ha erguido arrogante, y alumbra sólo al más agudo pico del Shomar. Pronto forma un haz de luz, y dice, orgulloso: "Aquí estoy yo". ¡Bien venido, Febo! No quiero ser pesado, y por eso no voy a extenderme hablando de esta magna salida del Sol en el desierto; sólo diré que es algo que debe verse antes de morir.

LA FUERZA DE FEBO

TRAE tanta fuerza este sol de Oriente, que hay que cubrirse de sus embestidas; me pongo las gafas y el sombrero, y en la pequeña parada me quito el calcetín de lana del pie derecho porque el zapato comienza a molestarme. Entro en la parte de arena blanda y el andar se torna fatigante. La gran alegría que ha traído Febo inyecta nuevos ánimos en el cuerpo. Paso por un buen conjunto de retamas y salpicaduras de olorosas plantas de tomillo. Al acercarse a las montañas van mostrando su fiereza los granitos: se alzan como una muralla retadora, con los picachos agudos y las formas dantescas. Desde donde me encuentro no falta mucho para llegar hasta las primeras bases de los macizos, y éste es el momento en que no sé que dirección tomar y por qué cañada penetrar para dar con el Wadi Isleh (el itinerario más corriente para ir al Sinaí). Pero estas dudas se han despejado pronto, pues decididamente opto por seguir la dirección de unas huellas de camello. (Son las ocho y cinco). Diez minutos más tarde descanso, cambio de calzado y quito algo de peso de la mochila, comiendo una lata de fresas en dulce. Estoy de nuevo en marcha para las ocho y media. El Sol pega ya de firme, y saco una toalla para ponerla encima del sombrero: el mejor "casco colonial". No voy pendiente sino de las huellas del camello; de momento, estoy totalmente despreocupado de todo lo que no sea esto, y camino mirando el suelo, como si anduviese buscando algo.

UNA MOMIA EN MEDIO DEL DESIERTO

A unos trescientos metros a mi derecha veo la delgada línea de una persona y algo de ganado. Grito con fuerza y no recibo contestación. Voy acercándome, y veo que es un beduíno tan delgado, tan seco, que más bien parece una momia, y en verdad es una momia, porque hasta sus pobres ojos, todos machacados por el tracoma, más sensación dan de muerte que de vida. Es este pobre beduíno una de esas figuras que jamás se olvidan. Su sucio ropaje claro está deshecho; no tiene ni fuerza para hablar. Le pregunto por la ruta del Wadi Isleh; levanta su diestra — un hueso con tela, — marcando la dirección a bulto; sin mirarme ni decirme una palabra, deja caer rápidamente el brazo, y baja sus enfermos ojos como si tuviese miedo o vergüenza de mirarme. ¡Pobre momia viviente! Lleva cuatro cabras y seis cabritos. Nueve son totalmente negras y una completamente blanca: un símbolo. Los simpáticos animales balan y se unen a él. Ver una persona en esta árida extensión con diez cabras por toda compañía terrena y sin seguramente más medios de defensa para la vida; deshecha por el hambre y la miseria; muerta en pie, causa tristeza y ternura. Al preguntarle dónde habrá agua, saca sin contestarme su gran pellejo, que lo lleva en el morral, y llena una de mis cantimploras. Y, como antes, ni me ha mirado, ni ha hablado nada; baja sus huesos con tela, e, indiferente, pone su vista en el suelo. Entrégole dos piastras y las toma con tanta frialdad como si tomara dos guijos. Ni el dinero le interesa. Le dejo, y al marcharme ha movido débilmente su cabeza sin alzar los ojos y sin mover sus labios. No me queda otro remedio que seguir las pisadas de camello y orientarme por ellas, porque de este hombre no saco nada. Inclínome hacia el Sudeste y atravieso varios montículos arenosos. Entro en un gran circo donde comienzan a verse grandes peñascos: debe de ser la entrada de Wadi Isleh. ("Desde este momento ya estoy perdido sin saberlo"). Son las diez menos cinco. He terminado el recorrido del desierto de Kaah.

Descanso un rato. Un pájaro negro de cola blanca da vueltas junto a mí. Hay un sinfín de moscas que zumban. El Wadi Isleh tiene una entrada triunfal: a la izquierda hay una montaña arenosa bastante grande y a la derecha peñascos y retamas. Encuentro unas calabazas silvestres a las once; las pruebo: son muy agrias. Voy con la ilusión de hallar agua, y no doy sino con pocitos sin importancia. El deseo ha quedado satisfecho al encontrar un hermoso manantial diez minutos más tarde. Pega el Sol con tanta fuerza que me veo obligado a parar la marcha y descansar hasta la tarde; el salvar tanto peñasco con este calor es agotador. Marca el reloj las once y media. Despacho como comida una lata de frutas en dulce surtidas y me tumbo todo desnudo a la sombra de un gran muro rocoso; las moscas y el pelmazo de un moscón no me dejan en paz.

¡SOL, SOL, SOL!

CALCINADAS cañadas abrasadas por el sol. Hornos en los que es imposible permanecer mucho tiempo. Ya la sombra del muro rocoso que me protegía algo de los rigores de Febo ha quedado también sin defensa. Nada escapa a la violencia de este sol dinámico.

¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol ardiente de la Arabia, que pigmentas hasta el granito! ¡Sol fornido! ¡Sol salvaje! ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol primitivo, que juegas en estos cuchillares y te metes en todos los rincones e impides que la más ligera nube te moleste! ¡Sol ardiente de la Arabia, temido hasta por las rocas! ¡Sol fornido! ¡Sol salvaje! ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol!

• • •

Tengo que pasar a la sombra de un grandísimo granito; las arenas de su suelo queman y no me queda otro remedio que vestirme. Por exceso de luz, todo tiene un color arcilloso violento; todo parece añorar agua.

A las dos y media emprendo de nuevo la marcha por estos tostados laberintos, nada agradables de pasar con tanto calor.

EL PRIMER OASIS. — ALEGRIA

CUANDO parecía que la jornada iba a ser muy monótona, cuando estaba sugestionándome para hacer pasajeros estos empujes de Febo, nada más andar escasos metros y, ¡oh!, me encuentro con un hermosísimo oasis (tres menos cuarto). Quedo ante él como un idiota. Los pensamientos de fatigas, los sudores, los azotes del calor, se han desvanecido rápidamente ante esta aparición, y la sugestión de este hallazgo me hace ser en estos momentos un ser felicísimo. ¡Cómo una sorpresa de éstas hace olvidar todo! ¡Así, todo! Yo ahora amo este agua tanto como lo que más pueda amar en la tierra; será un amor fugaz, un amor relámpago, pero amor al fin.

Me arrodillo y hundo mi rostro en el cristalino arroyo. Ansioso como un cuadrúpedo, vuelvo a meter la cabeza. La cara en el agua, abro los ojos y miro el limpio fondo; y sintiendo la pena de dejarlo, ya llena la dosis correspondiente al cuerpo, chapoteo con el rostro, como si intimase con ella de siempre, como si quisiese contarle muchas cosas.

Una gran curva forma aquí el "wadi", y al terminar ésta nos deja en un amplio espacio. El lugar ábrese en todos los sentidos, y hasta las montañas se retiran a la debida distancia para hacer de este sitio una especie de gran circo; no existen, pues, las opresiones, dejadas en la cañada; el agua también ha cogido dos direcciones y quiere unirse al pensamiento común de sus hermanos. No existen las opresiones de la cañada, pero preséntase para mí la opresión de la duda. ¿Qué dirección debo seguir? Tengo la ruta central, que es la continuación de la que he traído, y hay a derecha y a izquierda ligeras señales de caminos. Me pongo a pensar, saco los mapas, la brújula, y veo que todos los cálculos son inútiles ante un caso así; tomo, pues, la dirección que me parece a la ligera la más apropiada, y no vacilo en pensar que es la del centro: la que continúa la línea del desfiladero que me ha traído hasta aquí. Y al hacer esta elección, sin que yo lo pudiese remediar, he sido de nuevo fascinado por el agua; porque, ¡lo que el cuerpo piensa con egoísmo!, "sé que al seguir este camino no me faltará el precioso líquido, que siempre es un buen compañero y amigo, y muchísimo más en estos sitios". Sigo, pues, por la atrayente ruta.

Apenas dejo este circo, y lo primero que hallo en mi dirección es un gran pozo: una lagunita con un sonido de agua corriente, más agradable en estos momentos que el de una orquesta. En las orillas de este gran charco, muchas plumas largas de ave. Se ve ya tanta cantidad de agua, que queda uno familiarizado con ella.

Pronto el "wadi" me indica que no es ésta la ruta a seguir; pero yo, hecho un cabezón, me obstino en andar y andar. Hasta que ya el desfiladero se cierra de tal forma, que en muchos sitios me veo obligado a escalar la roca del costado para salvar las lisas paredes que hay junto al agua. ¡Y esto... cada vez se pone más serio! Sigo en mi tosudez, a pesar de que la ley natural me indica que por allí es imposible puedan pasar los animales de carga; mas ni por esas; ¡adelante y adelante! De las dos fuerzas opuestas que luchan en estos momentos en mi interior, sale triunfante ésa, la deslavazada. Y ahora, ¡me veo tan mal!, que si fallo lo más mínimo... ¡adios! Al hacer una maniobra en la roca, porque estoy escalando unas peligrosas paredes, se me cae allí abajo, al pozo, mi caña india. No sé si dejarla donde está o ir por ella. ¿Pero así voy a olvidarme de mi compañera? ¡No! Bajo gatunamente estas enrevesadas rocas y cojo a mi simpática ayuda.

RETROCEDO. — LA MOJADURA

UNA vez en el riachuelo, triunfa la ley de la razón: cambio mi dirección para regresar a la especie de circo, al sitio de la duda; y como va terminando la tarde su cometido, veré de buscar algún lugar para dormir, y mañana decidiré lo que sea. Son las seis. Tan nervioso me ha puesto este retroceso que ya no tengo el más ligero cuidado para pasar por esta intrincada cañada, donde la mucha agua es un inconveniente para andar, porque además de ocupar todo el ancho del "wadi", cría en las rocas gran cantidad de musgo muy húmedo, y el resbalón es casi seguro, especialmente en las lisas moles, que forman gigantes peldaños y por donde el agua salta a placer.

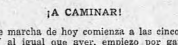
Estoy viendo venir la caída, pero sigo tan cabezón como antes; casi voy como desafiando a todo lo que me sale al paso. Con este dinamismo exagerado, con estos ímpetus, quiero salvar un gran pozo de un salto, en vez de bordearlo cuidadosamente. Fallo el empuje por lo liso de mi calzado y, ¡paf!, al agua. Me he metido en ella hasta la cintura. ¡Buena lección! (¡Me alegro! Así aprenderé a dominarme). Con medio cuerpo mojado sigo la marcha; ahora ya tengo más cuidado de ir despacio. Llego hasta el lugar de las dudas: el amplio circo.

LA PRIMERA NOCHE EN LA RUTA

MIRO en todo el conjunto y busco en una pequeña altura una especie de cueva. Por algunas piedras puestas en ella en forma de pared para cerrarla más advierto que antes ha descansado aquí alguno. Tengo, pues, resuelta mi habitación par esta noche. La cueva (mejor, el pequeño hueco en la tierra) no tiene mucho fondo, pero tampoco se precisa para estos climas. El encontrarse en una pared casi lisa y a unos 15 metros del suelo le da sensación de ligera almena. Tiene de punto visual todo el gran circo, y para ir a ella el terreno forma una especie de escalera natural.

Descuelgo mi mochila (¡ya es hora de que descansen mis hombros y espalda!), y sin perder tiempo cojo la toalla; voy a tomar un baño en el hermoso pozo de las plumas. Al morir la tarde, con esta paz y este silencio, da gusto meterse en estas limpísimas aguas; el cuerpo agradece muchísimo este baño. Buen secado y fricción junto a la arena, y seguido a mi garita. Todo lo que veo tiene para mí un algo de familiar, de sitio muy conocido; parece poseo de lleno sus secretos. Estoy sentado en el pequeño dormitorio; el cuerpo, satisfecho del remojón, pide comida; abro la mochila y como unas galletas y un poco de leche condensada. Terminada la frugal cena, a dormir.

Me he puesto alerta, y no puedo descansar en un principio con tranquilidad, porque oigo con insistencia en el fondo del agujero ruidos de raspaduras de algún roedor. ¡Cuando más tranquilo me parecía que iba a estar, he aquí que vienen a molestarme estos antipáticos ratones! Cambio de sitio en el pequeño espacio, situándome más al exterior, y pronto el sueño me domina. Na había tenido presente la claridad de la luna, y a las diez quedo despierto por ella. Con la luz bastante intensa del astro nocturno, la vista de este valle adquiere una rareza primitiva: parece el fondo de alguna tabla rusa, y también, por lo grande, una vasta pintura mural, donde podría acoplarse muy bien cualquier escena del Génesis. Las palmeras hacen de hechiceras y son aquí el sello oficial de Oriente; y los granitos del fondo, de un azul raro, parecen, al confundirse con el telón final, caminos del cielo.

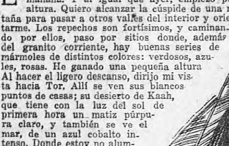


Me ha cogido el sueño, y he dormido de un tirón hasta las cuatro y medio de la mañana. ¡Tranquilo y agradable sueño! El cuerpo, más entrenado al lecho duro, no ha notado la más ligera molestia y tiene una gran pereza para levantarse.

SOLO POR LA ARABIA PETREA

RIS-RAS!, ¡ris-rás!, ¡ris-rás!, y dale sin parar. Estaba tan tranquilo y tan a gusto en esta mullida arena y semidormido como un inocente, y me pongo alerta con el làtoso rascar. Meto rueido con la caña, pegando en las rocas, pero el ¡ris-rás! no tarda en molestarme de nuevo. Nada; que hay que salir al exterior para dormir. Sino que dé sensación de cueva. imposible permanecer en él.

Generalmente las molestias de los roedores duran hasta la media noche. De las doce en adelante todo respira silencio y paz; y gracias a esta "jornada de trabajo" que tienen se puede dormir a "pierna suelta". Esta parte de la arabia está infectada de ratas. No sé de qué se alimentan: tendrán que ser forzosamente vegetarianas.



¡A CAMINAR!

LA jornada de marcha de hoy comienza a las cinco de la mañana. Y al igual que ayer, empiezo por ganar altura. Quiero alcanzar la cúspide de una montaña para pasar a otros valles del interior y orientarme. Los repechos son fortísimos, y caminando por ellos, paso por sitios donde, además del granito corriente, hay buenas series de mármoles de distintos colores: verdosos, azules, rosas. He ganado una pequeña altura Al hacer el ligero descanso, dirijo mi vista hacia Tor. Allí se ven sus blancos puntos de casas; su desierto de Kaah, que tiene con la luz del sol de primera hora un matiz púrpura claro, y también se ve el mar, de un azul cobalto intenso. Donde estoy no alumbra Febo todavía. Hora: las seis menos cinco.

LA MONTAÑA ANONIMA

EN el puerto del pico más alto (?) de esta montaña, a las seis y cuarto. Veo con asombro que junto a lo que me parecía más elevado hay otra





tura de la que yo creía cumbre final; ¡desilusión!; detrás hay otro pico más gallardo.

La visión panorámica es infernal; no le falta sino el fuego para que sea un vasto espacio similar al atormentador y terrible lugar. Todo tiene además un tono mineral de hierro; así que parece que las llamas acaban de marcharse. Miles de picos, conjuntos, cerrados de montañas, tan unidos, que da pánico pensar en cómo se habrán formado estas moles archigigantescas.

Por fin, a las ocho menos cuarto llego a lo más alto de la gran montaña, madre de las por mí pasadas hoy. A pesar de lo indagado por conocer su nombre, me ha sido imposible aclarar nada. (En parte no me extraña, porque es tanta la cantidad de picos a la vista, que la mayoría, sobre todo los de 1.800 a 2.000 metros, supongo sean anónimos, y por supuesto no los habrá pisado nadie).

Forman el trono de la montaña alcanzada unas monumentales planchas, tan grandes, que imponen. Para llegar a lo más alto, he tenido que gatear por una estrecha y pendiente chimenea de unos diez y seis metros de longitud, único paso de acceso a la cima. Todo hasta el momento ha sido subir y bajar. En la lisa altura se está bien: buen sol, buen aire y perspectivas fuertes. Estoy fijándome en la manera de orientarme; pero mi problema tiene una solución dificilísima. "Cuanto más se mira menos se ve", pues hay tal cantidad de montañas y tan unidas, que da pánico pensar el atravesarlas; todo desde esta altura se vuelven fantásticas moles con difícil solución.

EL VERGEL. — ¿ESTARE YA EN LA BUENA RUTA?

A las ocho y media me pongo a caminar de nuevo. Allá, en el valle a distancia, estoy viendo un oasis con muchas palmeras; gran alegría se experimenta al mirarlo. Como una flecha, directo a él. Libro canchales y pasos muy pendientes, con franciscana paciencia.

Llego al hermoso vergel a las diez. Hay unas veinte palmeras, algunas muy crecidas; árboles parecidos a los pinos japoneses, y cañas que crecen en los pequeños pozos de agua. Es el mayor oasis que he visto en mi ruta. Aunque estancada el agua, parece buena. Bebo, como siempre, bastante. Es mi "plato" favorito, mi "manjar" más fuerte, porque con las miserias de la mochila no hay ni para alimentar a un grillo. En el suelo, mucha huella de paso de gentes y el papel de una lata de mermelada dejada por algunos turistas. Un simple papel, y, sin embargo, ha actuado en mi sensibilidad como un mensajero extraño, que me da ánimos y confianza. ¿Estaré ya en la verdadera ruta del Sinaí?

Debido al empuje del "Disco de fuego" a esta hora, y como mi rumbo creo es la cañada baja, decido quedarme hasta la jornada de la tarde en este agradable "jardín".

HIPNOTIZADO

DEJO este bendito oasis, que tan agradablemente me ha acogido, y a las dos y media comienzo a caminar. Veinte minutos más tarde ya estoy a la vista de un grandísimo e importante "wadi": mucha agua y muchas palmeras. Allí, al final, me fijo en una montaña muy rojiza y de un carácter tan propio que no sé por qué creo debe de ser el Sinaí (a fuerza de engañarme voy tirando adelante).

Hallo una higuera silvestre de tronco blanquísimo y de higos muy pequeños: los maduros son negros y los otros tienen un color vino tinto, claro. Entro, dejando esto, en una gran torrentera muy amplia. Trozo muy pesado para caminar. Son las cuatro. Me aburre esta parte; pero, afortunadamente, lo termino en hora y cuarto.

De contento que estoy, siento ansias de "confort" y de higiene. Saco la diminuta maquinita de afeitar; me siento junto a la rica corriente de agua; pongo el pequeño espejo sujeto a una de tantas verdes matas. Jabonada va, jabonada viene; en unos minutos ya estoy decentemente rasurado. Pero también hay que bañarse, y al pronto, en las puras aguas limpio en mi cuerpo los pasados sudores, y lo dejo alegre y bruñido, como una pieza metálica, con la fricción que le doy con la toalla.

El sol ha encendido de rojo ardiente las montañas que creo son el Sinaí; a su color natural, ya rojizo, ha dado este sol de tarde la viveza de un clavel.

Bajo un gigantesco peñón, que con sus dimensiones da cabida para dormir a unas veintitantas personas, me acuesto. Algunas piedras se "incrustan" en la espalda. No paran las rondas de mosquitos; a todo envuelve un silencio sano; hasta el aire se halla inmóvil; no tardo yo también en caer en esa inmovilidad. ¡Paz!... ¡Paz!

¡ARRIBA!

CUATRO y media: hora de levantarse: ¡arriba! En el ligero transcurso de unos veinte minutos aclárase el ambiente sin que uno se dé cuenta, más diáfano, más diáfano, hasta que sale el Sol.

Empiezo la marcha a las cinco y cuarto. Como los días pasados, comienzo a subir por cuestas de verdadero lío.

A los pocos pasos veo unos animales parecidos a los gatos monteses que saltan por dificilísimas paredes (siete menos diez).

Las grandes series de mármol rojo que hay en estos lugares hacen de las pesadas cuestas unos sitios ideales. El desfiladero tiene además la ventaja de hallarse en posición Oeste, y, por tanto, dura la sombra en él hasta bastante avanzada la mañana; lo cual supone una gran ayuda para la subida de las pendientes.

Quedan ya vencidos los serios repechos; unos pasos más y daré vista a la otra vertiente. Cuando me sitúo en la cumbre, son las ocho y cuarto.

¿QUE VEO?

¡VALE más no mirar lo que delante tengo, porque no me trae sino amargura! Allí, en toda la extensión, no hay monasterio, ni cosa similar.

Camino a mi derecha para encontrar algún punto de guía. He dado cara al otro lado a las nueve menos veinte, y veo a la gigante montaña que me parecía, no sé por qué, el Sinaí o el Katherin. Tiene una línea tan firme, que espanta (es el Shomar, la segunda cúspide más alta de la Arabia; pero en los momentos que la miro, y hasta mucho más tarde, ignoro qué montaña pueda ser). Esta cumbre posee una tierra rojiza que cría gran cantidad de tomillares. Las dudas me cierran ahora la esperanza y las ideas.

La solución que creo de momento es ir por el manso "wadi" de estas montañas negruzcas de la izquierda y ver de encontrar en ellas alguna orientación. Empujado por esta idea bajo hasta la cañada de enfrente.

¿PERSONAS O ANIMALES?

AQUI el agua y el verdor ya distinto que en las otras laderas — hay hierbas y flores muy bonitas, — me vuelven a hipnotizar como los pasados días.

Penetro en la extraña cañada que creo me ha de llevar hasta cerca del Katherin (?) a las nueve y cuarenta. Hay grandes montañas grisoscuro a ambos lados de este "wadi". Cincuenta minutos más tarde veo una cabra y oigo voces de persona. A muy corta distancia sorprendo a dos muchachos beduínos. Me es imposible entenderme con ellos, y todo es debido a que no les deja el miedo atender a mis gestos y palabras. Esperan, temerosos, que yo les haga algo. Apenas me separo un poco de ellos, aprietan a correr y suben como las cabras a unas altas rocas. Veo al mismo tiempo que una mujer escapa por los escarpes de la derecha igual que un animal, y se tapa la cara. La sigo con la vista; al poco rato sale de una roca, y va a refugiarse con velocidad de gamo a otro peñasco. Como yo no ceso de andar para arriba, ella corre y corre, tapándose la cara; aseguraría con firmeza a que cree que la persigo. ¡Después de tres días de no haber visto a una persona doy con estas gentes, que son peor que los animales, o al menos tan salvajes como ellos! ¡Buena ayuda!

IMPACIENCIA

LA cañada va abriéndose: no hay ahora ninguna montaña que oprima; casi camino por entre cumbres. Todo ha cambiado: no se ven palmeras, ni rocas grandes de granito. Hay también, debido al despeje, un aire más agradable que allí abajo.

Al pasar por un lado del camino veo un morralito: lo ha debido de dejar la pastora al marcharse, porque uno de los pequeños beduínos que ha huído antes lo mira desde una altura, y cuando paso adelante, baja con temor y lo coge, escapándose rápidamente con él a otro altozano.

El gran calor me obliga a pararme; aprovecho este descanso para comer. Estoy bajo unas peñas, en una grata sombra; pero la impaciencia no me deja estar tranquilo. Quiere resolver lo antes posible mi problema; por este motivo, para las doce ya estoy andando.

Finaliza lo que podríamos llamar la cañada; subo a un montículo, y luego a otro. Estoy en estos momentos dando vista a un panorama totalmente opuesto a los ya dejados: amplias extensiones de terreno ceniciento; montañas mansas, suaves.

CONVENCIDO

MIRO en todas direcciones, y saco la consecuencia de que si la montaña que he bordeado es el Katherin, los agudos picos que veo a mi derecha — los más arrogantes de por aquí — tienen que corresponder al macizo del Sinaí. Además, en la punta de una de estas montañas del fondo hay una especie de edificio: deduzco de ello que es alguna ermita, y ya sin vacilaciones voy para allí. "Avanti!" ¡Respiro! (Cuánto voy totalmente engañado).

Después de haber caminado por entre tomillares y terreno muy blando, a la una y media doy vista a un inmenso valle, desde el que se ven alzarse, soberanas, las montañas que yo llevo grabadas: son del macizo sinaítico. El camino es tan bueno, que resulta un entretenido y agradable paseo; todo descenso, hasta las planicies del valle; aquí empezaré a subir para llegar al convento antes de que anochezca (lo que hace el engaño).

¿HOMBRE O MUJER?

PASO junto a las destruídas chavolas de unos pastores a las dos menos cuarto. Llevo el máximo de zancada en la marcha.

Al subir a un peñasco para continuar adelante veo en un árbol a una persona; hay su buena distancia, y no aprecio si es hombre o mujer (los dos sexos llevan vestimenta larga).

Llamo; pero como si tal cosa: no recibo contestación; me acerco, y cuando aprecio que es una mujer, me paro. He visto su cara antes de que se cubriese con el "tcharchaf", y no se me despintará tan fácilmente (más tarde la he de reconocer). Está subida en el árbol: una higuera. Con sumo cuidado guarda en su falda los higos cogidos; aprecio también que no se apura mucho. Le digo desde distancia: "¡Sinaí! ¡Katherin!" Y como si hablase al aire: ¡ni mueca!, ¡nada contesta! Mi gritar no ha servido sino para que avive más en su faena y la vea huir cañada abajo, ágil como un can, pisando, descalza, en los peñascos, con la misma naturalidad que se pisa en la hierba.

EL BEDUINO AUDAZ

HE descendido hasta el valle. Esta parte que atravieso debe estar poblada por algunas familias de beduinos, pues se ven varios cultivos y paredes de cierre de los míseros huertos. Oigo también el canto de un gallo. Ya cada vez más convencido de que voy bien, creo que no necesito consultar por mi dirección a ninguno. Así que paso sin detenerme por las ligeras huellas de vida humana. Salvando la montaña de enfrente — opino — estoy en "puerto de salvación".

Pocos pasos habré andado cuando oigo varias voces; miro y contesto. Veo a un beduíno que viene hacia mí apresuradamente. Será mi mentor—creo,— y por eso me paro para ver qué mensaje trae. Como si me hubiese conocido de toda la vida, me agarra de un brazo con sus fuertes nervios, y no quiere otra cosa sino que le siga. Pero ante estas confianzas y brusquedades defiendo yo mis derechos — por si acaso —, y le ordeno que me suelte. Insiste en sus propósitos. Tenemos durante unos instantes una "muda conversación"; hablando correctamente un idioma, no podríamos entendernos tan bien. Al desasirme de su mano de águila por segunda vez, yo me hago el fuerte y pienso: "Como traigas malas intenciones, yo caeré; pero te aseguro que no saldrás tú también muy limpio". "Nos comeremos lo que sea el uno o el otro". Molestado por las confianzas — cosa que extraña en el beduíno, — le pregunto, altanero, como en tono de reto, pegándole yo también en su espalda: "Sinaí. ¡Katherin!". Un ¡¡hiii!!... gutural y una indicación de su mano me han dejado helado. "Y esta montaña ¿cuál es?" — le indico con gestos —. "¡Shomar!" — contesta agudamente. Me pesa como una mole su palabra, y lleno de dolor, ya no me importa nada. Hágole una indicación, como diciendo: "¡vamos!", y pronto me quita la mochila y me sube montaña arriba a su campamento. ¡Qué epílogo más enigmático después de cuatro días de caminar al "garete"!

Voy a ver acaso la función religiosa cristiana más primitiva del orbe. ¡Tin, tin, tin! Siguen las campanas anunciando la fiesta.

EN SU CASA

HEMOS llegado a lo alto de una planicie. Deja la mochila junto a mí y ordena que lo espere. Pone una estera en el suelo y me manda sentarme en ella; luego saca un abollado tanque (vaso), y como yo le hiciese mención de que tenía agua, hace un gesto y un ¡aggg!..., indicándome "es mala", y me sirve la de él: rica y fresca. Me señala además, para comodidad mía, que me recueste en el granito que tengo a mi espalda; así lo hago.

HONORES: EL CAFE, LA TORTA

EL viejo da dos voces guturales, y en seguida se presenta una mujer joven con la cara semitapada con un "tcharchaf" (especie de antifaz que cubre el rostro de las mujeres árabes desde la línea de los ojos) de tela color naranja lleno de monedas. Trae en los brazos a un niño casi desnudo, como de año y medio, muy risueño y juguetón. Aunque no se le ven a esa beduína sino los ojos, parece muy simpática y desenvuelta. Una sonrisa al mirarme me ha puesto en atención de si será la que estaba subida en la higuera, y a pesar de que apenas he podido fijarme bien en ella, afirmaría que es la misma. Tiene una estatura regular y un tipo esbelto; cauculo tenga unos diez y nueve o veinte años; sus ojos son "incendiarios". ¡Fuertes y atractivos ojos de sultana!

El patrón ha preparado café y me lo ha dado en una pequeña jícara; sabe a gloria. "Tanta amabilidad me confunde", pienso y digo como el otro. Veremos mañana lo que me ocurre con él; ha prometido que me acompañará al Sinaí.

NUEVA MADRUGADA

ME indica el viejo beduíno que donde estoy dormiré, y para dar más fuerza a su explicación se levanta y me agarra de uno de los hombros tumbándome en el suelo igual que a un infante. Pone al mismo tiempo dos de sus ropas encima de mí, y otro revuelto de ellas deja en la cabecera, para que me sirva de almohada.

El jefe cambia su ropaje del día y se encapota bien con otras prendas. Dormirá junto a mí, en la estera que tiene al lado del fuego.

Ahora son las tres: habla conmigo y me dice que saldremos pronto, antes de que salga el "rouhge" (el Sol).

La mochila en la espalda y la caña en la diestra: ¡preparados!

A las cinco llegamos a la altura. Ha amanecido. El Shomar y los otros picos poseen una coloración carmesí muy violeta. El terreno por el que caminamos es muy blando; la pisada resulta agradable.

LAS PASTORAS Y SUS CAMPAMENTOS

VEMOS un rebaño de cabras a las cinco y cuarto, y está con ellas el pastorcillo que encontré ayer, y también la mujer-animal que corría monte arriba tapándose la cara; hoy ha hecho la misma operación. No han servido de nada las advertencias y los gritos en árabe de mi acompañante. Antes de pasar por estas chozas de pastores que tenemos a la vista, mi guía me indica que me ponga el sombrero o algo en la cabeza: es un deber musulmán. A poca distancia de estas chozas, que ayer contemplaba desde la altura, y donde no quise bajar por temor a perder el tiempo, hace fuego el beduíno; no ha tardado en preparar una hermosa hoguera ni medio minuto; ¡qué habilidad tiene este hombre!

Descansamos un rato. No se atreven a venir donde nosotros, a pesar de su gran curiosidad, las pastoras, que nos miran desde cierta distancia. El beduíno las llama; pero ni por ésas. Tienen todas largos "tcharchafs" de color, repletos de monedas de metal amarillo y algunas de plata. Pastan a un lado grandes rebaños de cabras negras, que resaltan fuertemente del gris claro del terreno: sitios de mucho tomillo.

Si llego a bajar ayer a este campamento me las compongo: no encuentro un alma, pues es seguro que todas las mujeres hubiesen escapado.

"ENGLIS" O "FRANCHEU"

YA por fin se han debido de dar cuenta estas mujeres de que soy inofensivo, y mandan a una emisaria, que, muy tapada, viene con dos niños a sentarse junto a la lumbre, atraída más bien por la invencible curiosidad femenina. Le debe de preguntar al beduíno datos de mi persona, porque éste ha soltado en la conversación la palabra "francheu" (francés), y esta palabra ya indica que están hablando de mí.

Para estas gentes, la raza blanca está dividida en dos grupos distintos: "englis" o "francheu" (inglés y francés). Todos los europeos entran en esa simple clasificación; así que los españoles, alemanes, italianos, griegos, etc., no tienen para la mayoría de los beduínos otras casillas de separación. Si uno es muy rubio y colorado, pasa por inglés; pero si el pelo tiene negro o castaño y la piel es morena o trigueña, entonces, aunque haya nacido en el mismo Londres, para casi todos ellos corresponderá a la sección "francheu".

Después de la pequeña paradita nos ponemos en marcha a las cinco y media. La ruta que llevamos es un paseo perfumado: camino de tierra blanda y junto a la cual se extienden gran cantidad de plantas: espliego, mejorana, salvia, tomillo.

Yo tengo el calzado bastante destrozado; pero mirando las rotas sandalias del árabe, me consuelo; además de llevarlas deshechas, las sujeta al pie con tal cantidad de cintajos, que forman una verdadera colección de nudos. Se para a arreglar una cuerda de la sandalia a las seis. Camina con erguida postura de Sultán; no se mueven sino sus extremidades inferiores, y hasta éstas, con el largo gabán negro, parecen estar quietas. Va siempre delante de mí, y con su vestimenta, la pequeña alforja, el pellejo de agua y su caminar acompasado, es el símbolo de la firmeza y la voluntad.

Entramos a las seis y cuarto en el "Wadi Raajaba". Valle amplísimo, lleno todo él de plantas olorosas. Es tal su anchura y extensión, que puede considerársele como una de las planicies perfumadas más vastas de la Arabia. El aire es gratísimo, y el sol de la mañana trae un optimismo especial, que sólo ante la vista de estas llanuras y con un perfume así se puede sentir. La planicie: una armonía verde agrisada: el mejor lienzo para Cristóbal Ruiz.

YEBELIK ETAJEMA

EN las pocas palabras que me ha dirigido este hombre durante la marcha, pregunta por mi nombre, y me dice el suyo: "Yebelik Etajema Encejeeri Abusjer".

Antes de pasar al otro lado de la montaña, Yebelik mira para atrás a sus queridas tierras, y se fija en el Shomar. Con un ¡hiiiii! gutural sostenido me da a entender que el gigante Shomar ha quedado muy pequeño. Unos cuantos camellos pastan libres de toda carga en un lado del valle gris.

A LA VISTA DEL YEBEL MUSA

LLEGAMOS a lo alto de un repechito; damos vista a otras planicies y otras montañas a las nueve menos cuarto. Son amplias tierras tono gris ceniza y arcilla y cerros altos y oscuros. Descansamos un rato y bebemos algo de agua. Caminar por aquí resulta un paseo; ¡buena diferencia a las rocosas y laberínticas zonas dejadas atrás! La vista se extiende amorosa por todo.

Continuamos la marcha a las nueve. Una hora después nos paramos a la sombra de unas cuantas palmeras unidas, que dan la sensación de ser una sola. Es el único árbol que hemos encontrado desde la entrada en estos largos valles muertos, repletos de tomillares: páramos parecidos a los de Castilla, que se animan un poco cuanto más caminamos: tiene el color más avivado: sanguina claro y puntillismo perla.

Yebelik me dice que pronto llegaremos a dar vista al Yebel Musa (Sinaí), y me recuerda de nuevo el pago de la cuenta. "Cuando yo vea la montaña cumpliré mi palabra", le digo.

A las once y media remontamos un suave altozano, y el buen Yebelik grita: "¡Yebel Musa!", y lleno de emoción extiendo al aire los brazos y se arrodilla seguidamente en el suelo. "¡Musa, Musa!", le oigo que susurra entre dientes. Yo miro a la sagrada montaña, y el contemplarla me trae un algo suave; algo que ya conocía de antes, aunque fuese en sueños: placidez e intimidad; para mí, la impresión más bien ha sido serena.

ACERCANDONOS AL MONASTERIO

LIQUIDO mi deuda por el acompañamiento con el buen Yebelik. Le digo que ya a la vista del Yebel Musa me entenderé yo solo para dar con el convento del Sinaí, y que puede marcharse. Esta advertencia le indigna, y me contesta que es deber de él acompañarme hasta la misma puerta, y que así lo hará.

Todo nuestro caminar en estos momentos se reduce a un paseo más o menos agradable, que, sin este sol incendiario del mediodía, sería agradabilísimo; es la hora del apogeo triunfal de Febo: las doce.

A esta hora vemos a nuestra izquierda las cumbres y la ermita de la venerada montaña de Santa Catalina — la más alta de la Arabia Pétrea.

Un poco de limpieza en la ropa, y nos acercamos al convento. Pasamos junto a las grandes murallas y Yebelik llama a voces desde el exterior a uno de los criados. Frente a estos muros, y en espera de la contestación que nos den para poder penetrar en el monasterio, cinco o seis siglos huyen del ambiente. Todo posee la severidad y el sabor de la Edad Media.

SALGO DEL CONVENTO

AL día siguiente, cantarina luz de la mañana me despierta y un baño de alegría anega mi cuerpo en violentas ondas, que recorren desde el dedo grueso del pie hasta el pelo más largo de la cabeza; reacciona todo el ser con este rejuvenecedor metabolismo: ¡huésped del monasterio del Sinaí después de tanta lucha! Paréceme un cuento brujo.

He pasado muy bien la noche en esta tranquila y confortable habitación: celda corriente, con amplia cama y su mosquitero, un lavabo y una mesa pintados de azul ceróleum, y una ventada orientada al Este, que da vista a la galería alta y a las dependencias del interior. Aseo y desayuno corriente: café con leche, y al pronto dispuesto a subir a la sagrada montaña.

Uno de los frailes más jóvenes me ayuda a preparar algún ligero detalle; me entrega pan y queso — el clásico queso griego, — y me acompaña al salir del convento.

SENDA AGRADABLE

EL joven ortodoxo me indica la dirección, y con refinada amabilidad me estrecha la mano. ¡Hasta el regreso! Marca mi reloj las seis y media. Con tranquilidad y alegría subo por este camino que la fe, la perseverancia y la voluntad de los creyentes y los religiosos del monasterio lo han dispuesto amorosamente para facilidad de ascensión de los presentes y futuros peregrinos. El sendero nos acerca suavemente a grandísimas paredes de granito: murallas lisas, de una pieza, que espantan. Alumbradas por este sol joven, se ven sus pequeños detalles: grietas superficiales, cortes que no penetran; y aunque con menos misterio que en la semioscuridad, muestran, por verse sus secretos al descubierto, más grandeza. Sólo en una montaña así se comprende pudiesen ser entregadas las Tablas de la Ley; sólo entre tanto granito, en estos soledades, con esta luz, puede uno imaginarse la eternidad de los Mandamientos. No cabe aquí descripción alguna; mísera es la literatura para dar idea de esto. Lo que la vista abarca es demasiado grande, demasiado monstruoso, demasiado severo, demasiado apocalíptico, para que con las artes de los hombres se pueda producir el encanto, la impresión de realidad, de sugestión, de lo que vemos. Hasta el sentimiento se embota viendo estos reinos gigantes que el cerebro y la actividad humana jamás podrán reproducir. Hay a quien le parece el "summum" un "cien pisos" de Nueva York, y ese mismo no sabe, no puede poner su admiración en nada de todo esto. ¡Hoy se piensa así! Estamos en ese plan de imbecilidad. ¡Y que haya quien espere todo de la cerrada ciencia del hombre, después del fracaso de tantas civilizaciones materialistas!

Llego a la ermita de Nuestra Señora de la Providencia a las siete y media. Cuatro toscos muros, puerta enana, tres pequeñas ventanas en el centro, y arriba, dominando, una cruz de madera. He caminado hasta estos momentos en la sombra; pero ya el sol me hace compañía.

EN LA CUMBRE DEL MONTE SINAI...

LA cuesta toma un poco más de carácter, y en seguida estamos en la cumbre del monte Sinaí.

La mejor manera de dar impresión de las emociones que experimento al pisar esta cumbre sería tocando un buen trozo musical. Con palabras no se puede decir nada de estas interioridades.

Al fin, tras de tantos pensamientos, de tantas luchas, de tanto desgaste de voluntad, me encuentro aquí arriba, en lo más alto del monte Sinaí, en la sagrada montaña donde el Altísimo dictó a Moisés las Tablas de la Ley. Aquí en esta altura, solo y semidesnudo, sentado encima de una de las pocas grandes rocas de esta cima, calentado por el sol de la Arabia, de esta Arabia que permanece muda, solitaria, contemplada solamente y casi con indiferencia por sus habitantes, los nómadas beduínos. Aquí, sentado en esta roca, mirando los miles de picachos, las grandísimas elevaciones que por todos los lados se yerguen. Aquí, tranquilo, como estas montañas de aspecto impasible, y que dejan con oriental tranquilidad pasar los años y los siglos sin que su gesto cambie. Aquí, tan lejos de mi querida patria, y sin embargo, espiritualmente, tan cerca de ella. ¿Puedo pensar que estoy en Asia, a tantos kilómetros de Europa? Aquí, en esta pacífica altura, que con este sol y a esta hora ha dejado de ser el Sinaí de los rayos, los truenos y el asombro del pueblo de Israel, para convertirse en una más de tantas montañas. Aquí, recibiendo en mi cuerpo, además del sol, la rica caricia de la brisa de la altura; transformada mi alma también en una de tantas cosas naturales del terreno. ¿Cómo definir, qué palabras usar, para pintar este cielo azul, esta claridad y este apacible ambiente de la altura?

El horizonte se extiende inmenso; todo son contornos de montañas. Se ve a la derecha al Yebel Katherin, la cumbre más alta de la Arabia; en su cima aparece la blanca ermita de la santa. Es cosa curiosa también fijarse desde la altura en los "wadis", de un claro simpático y diferenciados grandemente de las vertientes y de las cumbres, que llevan una oscura severidad.

Hay dos edificaciones en esta altura: una, la llamada capilla de Moisés, y la otra, restos de una ermita dedicada en otros tiempos a San Miguel, y que actualmente no tiene sino las cuatro paredes, totalmente agrietadas y llenas de inscripciones de la mayor parte de los que hasta aquí han subido.

A las once y cuarto abandono esta cúspide; marcho a esta hora porque los monjes me esperan a comer; satisfecho hubiera pasado todo el día en la altura. ¡Cumbre bendita del Sinaí, adiós!

Entro en el monasterio de regreso de esta bella excursión a las doce y media. Como sin compañía, y marcho a mi celda a descansar un poco. Estando en la cama me despiertan los cañonazos que anuncian la gran fiesta de mañana. Sigue a estas salvas el repique de las campanas del monasterio. Un repique algo especial, de sonoridad de cristal o de loza, algo como si tocasen con platos. Ha llamado en mi habitación el árabe, que entre otros cargos tiene el de la cocina, y me dice que la función de la iglesia empieza ahora; presto termino de vestirme, y voy a ver acaso la función religiosa cristiana más primitiva del orbe. ¡Tin, tin, clin! ¡Tin, tin, clin! ¡Tin, tin, clin! ¡Tin, tin, clin!, siguen las campanas anunciando la fiesta.

ANDRES ESPINOSA

Ilustró Premiani

La Vuelta del Novio Feo

(Colaboración especial para CRITICA)

Edmundo Montagne, el veterano cuentista, da en esta página una nota a la vez fina y honda, de fresca gracia y de psicología penetrante. Una tragedia doméstica, pero, por eso mismo, una tragedia honda.

DOÑA Sabina tuvo siempre un alma revuelta. Aunque veía con claridad las cosas, la gente, la vida, eran tan contradictorios sus afectos que parecía falta de juicio. Su viveza, su penetración muy grandes, hacían que no bien viese el pro de una acción humana o de una persona, viese también el contra. La inestabilidad afectiva que esto le producía, unida a su espontaneidad insofrenable, la hacían hablar a exclamaciones, a explosivos, inconexamente, como se lo obligaba su brusco e incesante ir y venir entre oposiciones.

Quienes la conocieron ya anciana y supieron algo de su viudez joven, cargada de hijos y despojada, creyeron hallar la justificación de sus rarezas en el drama de su vida.

Pero, ya lo he dicho: doña Sabina siempre fué así, antes y después de enviudar.

—¡Si hubiera tenido al menos una hija! Usted sabe la gran compañía que es una mujer para una madre con muchos varones.

De esta manera, indicaban algunos, doña Sabina no hubiera sido de carácter tan difícil. Pero también se equivocaban. Porque el finado esposo había ido al matrimonio aportando una hija, quien, no por ser hijastra de doña Sabina, dejó de merecer de ella la consideración que guardaba a sus varones. Sin embargo, no pudo la moza hacer buenas migas con la madrastra y, a poco de fallecer su padre, se fué a vivir con unos parientes, iniciando la serie del centenar de mujeres, emparentadas o de servidumbre, que harían otro tanto.

¡Triste destino el de esos seres que no solamente no son malos sino que hasta dan a menudo pruebas de gran corazón y que, sin embargo, resultan intratables en la convivencia!

Quizás esté yo equivocado en mi pintura de doña Sabina. Tal vez no fuera así por su carácter, sino a causa de enfermedad. En tal caso ¿en qué consistía su mal? Parecía a veces que consistía en el cansancio de lo igual contrastando con el miedo a todo cambio. Otras se hubiera dicho que era un descontento de sí misma. Pero ese descontento quedaba desmentido a mi observación cuando la veía desconforme, no de ella sino de lo que en la cocina, en la pileta de lavar o en las habitaciones, estuvieran haciendo nuera o sirvienta.

—¿Qué hace esa? ¿Qué hace? ¡Salga! Esa mujer. ¡Salga, salga!

Y, a lo mejor, lanzaba un calificativo grueso, gruesísimo, en tercera persona, pero delante mismo de la aludida, lo que hacía más mortificante el exabrupto, pues al insulto añadía la distancia a que parecía merecer estar la descalificada. Y, para peor, esto sucedía a veces inmediatamente después de estar oyendo a la tal nuera o sirvienta referir algún percance y haberla consolado con un repetido "¡pobrecita!" tan sincero y confraternal, en ese momento, como el insulto que vendría en seguida; o acaso haber cambiado por largo rato sus transportes de alegría manoteante y picaresca.

—¡Tus hijos sí que son buenos— expresaba lamentosa a mi madre en mitad de una visita. Y ante el sincero pesar de doña Sabina, mi madre argüía, para demostrarle que los suyos también lo eran:

—¡Bah, bah, bah! Callate, callate!

Bien que comprendía la bondad de sus hijos, pero la negaba al peso de su soledad de ese momento, soledad labrada en torno de ella por ella misma y sin quererlo y que de parte de sus familiares era puramente material y no afectiva. Porque si sus hijos, desde jovencitos, se habían planteado como insoluble el problema del carácter materno; si juzgándola una criatura a quien por verla caer seguidamente en falta respecto a las gentes o a los quehaceres, habían adquirido el hábito de reprenderla, también era verdad que la habrían soportado indefinidamente, a no haberse casado uno tras otro. Esa disposición armoniosa de ellos, se entiende que no duraba en sus mujeres y menos aún en las gentes de servicio que, ante lo incomprensible de la señora, optaban por dejar la casa, si es que a los pocos días de tomada no eran despedidas por ella misma. Pero hubo una mujer, la de su hijo Cosme, que vivió diez, doce, quince años, ¡qué se yo! compartiendo su techo y los quehaceres comunes. Donata, a fuer de simple, era al fin un tipo humano más singular que la misma doña Sabina. Se ignoraba santa, pero lo era por temperamento. A toda punta de la suegra oponía su blandura amortiguadora; a todo desconcierto, a todo embrollo, su buen intento de aclaración y facilidad; y si a pesar de eso la señora ofendía, callaba. Y así los años. De este modo descubrí en Donata un ser sin igual, porque era lo mismo con todos y en cualquier circunstancia. Solamente los últimos años vividos con doña Sabina le resultaron aliviados. Es que la señora se había hecho de un perro. Era un perro de los llamados ratoneros, feo como todos los de su raza, por lo hirsuto y áspero de su pelo, color canela sucio; pero conmovedor por su belleza, que llamaré moral; una belleza que residía en sus hermosos ojazos. Jamás he visto ojos más humanos que los de ese perro. Su ternura y su viveza de comprensión eran tales que asustaban. Sin embargo, el nombre, Susto, no se le había dado al animal por eso, sino por su fealdad de ropaje. La emocionalidad cariñosa e ideativa de Susto se había desarrollado junto a doña Sabina en poco tiempo, extraordinariamente. La señora, que a cualquiera llamaba pobrecito con lástima que las más de las veces no venía al caso, nunca dijo "¡pobrecita!" a su sufrida compañera Donata. Es que Donata jamás se manifestaba dolorida o triste o falta de nada. Donata daba siempre, sin pedir nunca. Su bondad no tenía un solo rasgo de la fidelidad perruna, tan nostálgica de caricias y, en ese sentido, tan cansadoramente pedigüeña. En cambio, el exigente Susto había logrado dar objeto a la ternura de doña Sabina, que hasta entonces había sido una ternura huraña, negada en seguida de mostrada. Todos los "¡pobrecitos!" desperdigados inesperadamente por ella fueron dirigidos a Susto. Había descubierto en él a un ser más desamparado que ella misma. ¿Acaso esa orfandad no la expresaba Susto conmovedoramente, con su gemidito querendón tan irresistible? La inteligencia con que pedía Susto no era menos eficaz que la queja. Estaba al acecho del instante en que una manotada, un salto, serían bien recibidos. Había forzosamente que acariciarle la cabeza y palmearlo y, por fin, gritarle con severidad, para que se quedara sentado, lo que hacía sin dejar de seguir con sentimentales ojos los gestos de su ama. Y todo eso constituía la dicha del perro, el cual conocía a doña Sabina e interpretaba cuanto la rodeaba, seres u objetos, con una vivacidad sólo comparable a la de su misma dueña.



—¿Cómo te va, Bonita? ¿Cómo te va?

Yo solía tutear y aun tuteo a la señora, para contrapesar la severidad previsora del "usted" que le dedican aún sus hijos.

Cuando así la saludaba, sus ojitos se enternecían y me recordaba que mi madre, a quien quería mucho, le había puesto ese nombre: la Bonita.

—Sí, sí, Bonita. ¡Andá, reíte, andá!

—No protestés — le replicaba yo — porque junto a tu Novio Feo sos más bonita todavía.

Ella se reía con un contento de chicuela. Le hacía gracia el que yo le llamase al perro su Novio Feo. Lo que no impedía que en ese momento lo echase de la silla que ocupaba, para que me sentara yo.

—No hagas eso con él, que se merece todos los respetos.

—¡Salga, Susto!... Sentate vos, Edmundito.

—No ves cómo es fiel y constante? — seguía yo por el perro. En el suelo se vuelve a sentar para contemplarte.

—¡Je, je!... Buen canalla... ¡Perro de porra; quédese quieto!

—¿No recordás que todas las muchachas desean que su novio tenga esas cualidades? Hasta cantando las piden.

—Sí, sí, fiel y constante. ¡Bah, bah, bah!...

—Miralo a tus pies, atento a todos tus movimientos. ¡Te adora!

—Je, je!... Callate... dejá.

—Con qué ojos, Bonita.

—Sí. ¡Quieto, Susto!

Le ordenaba sosiego al animal, abusador en saltos y gemiditos, cuando se sabía elogiosamente aludido.

Y una mala tarde supe, de pronto, la gran desgracia. Días atrás me habían dicho que doña Sabina estaba más rara o más incomprensible que nunca.

—¡Buenas tardes! ¿Cómo está esa Bonita? ¿Siempre contenta, junto a su Novio Feo?

La Bonita no contestaba. La Bonita se hallaba en su pieza, quizás echada en la cama por el reuma.

—¡Oh! ¿No sabe? ¡Cierto que no se lo habíamos dicho! — salió advirtiéndome Donata, parando los ojos para que no siguiera en esa cuerda.

Lo que no se me había dicho, lo que no he querido admitir del todo hasta hoy, por tratarse de un perro más humano que los humanos seres, era que esa trampa infernal, rodante sobre dos ruedas, que recorre Buenos Aires y llaman la Perrera, se había llevado al Susto hacía ya quince días. ¡El Novio Feo asfixiado en la Maestranza Municipal como un perro cualquiera, como un can vagabundo, sarnoso o rabioso!

—¡Decime, Edmundito, si esto se debe hacer con un pobrecito!... ¡si esto!...

Y doña Sabina, que saliera entonces de su pieza, desmelenada, pálida, la rugosa cara torturada como en sus peores momentos, exclamaba dolientes frases truncas, llevándose las manos a la cabeza, a los muslos, agitándolas angustiosamente en el aire, donde no tocarían nada parecido a aquello tan imprescindible en su vida como lo había sido Susto.

A decir verdad, recién entonces me di exacta cuenta de lo que había significado el perro para doña Sabina.

¡Qué desolación! La señora, llorando unas veces, protestando otras con energía de sus hijos que no habían defendido a Susto, que no lo reconquistaron, iba de un lado al otro del patio, repitiendo:

—¡Decime, vos que sos bueno...! El animalito. ¿Es modo ese...? ¡Virgen Santa!

Susto había concretado el discorde mundo de las inquietudes afectivas de doña Sabina. Había llegado a ser el objeto, a fin de ese mundo que en el animalito armonizaba acalmándose. No sé si sus familiares lo llegaron a comprender. En aquel tiempo quizá no. Pero hoy día lo ven tan bien como mis hermanas y yo.

A la desaparición de Susto siguió el cambio de casa de doña Sabina. Todos sus viejos muebles de cuando casada quedaron con Donata y Cosme. Eran los restos de su edad dichosa. Contribuían por lo tanto a hacer menos grave su desequilibrio sentimental. Pero no le fué posible llevarlos consigo. La nueva casa resultó para ella nueva en todo: hasta en su hijo. Salustio, que por haberse casado ya no le parecía su hijo. Entre la nuera y la sirvienta, doña Sabina sentíase a menudo como entre los dos fuegos de un común enemigo, situación que agravaba con sus quejas y censuras hechas de una persona a la otra y viceversa. Hasta que Salustio quedó como viudo, a causa del alejamiento de su incompatible esposa. Y entonces, durante la ausencia diurna del hijo, rara era la sirvienta que no concluía por encerrarse en su pieza, sorda a los requerimientos de la contradictoria ama o entretenida en la calle horas enteras, que empleaba en chismosear con alguna vecina. Bien es cierto que difícilmente doña Sabina admitía las pócimas ni las friegas de manos de las sirvientas, pues a las más pacientes y respetuosas, a las más dignas de entera confianza, llegaba a tacharlas, como a todas, de brujas. En calidad de tales podían envenenarla o estaban sin duda sonsacándole a su hijo con mejunges puestos en la comida.

Las sirvientas se sucedieron entonces de modo inaudito. Entre una y otra, ocupaba casi siempre el lugar una nuera compadecida. La alegría desbordante al recibirla, se trocaba bien pronto en el consabido fastidio.

¡Ah, qué trágica a veces la existencia de doña Sabina, sola con sus achaques de vieja en aquellas frías habitaciones donde un solo objeto no respondía calmantemente a su afectividad perturbada!

Cierta vez llamaron al teléfono. Una mujer le preguntó si hablaba con la madre del señor Salustio Cadret.

—Sí.

—Bueno, vea. El señor Salustio ha sufrido un ataque. Ha quedado como muerto. Lo llevan ahora al hospital y pide que usted vaya.

La anciana, rengueante por el reuma, braceaba por el aire yendo de un lado a otro; clamó socorro, chocó en muebles, puertas y muros con la locura de la gallina que encerrada en su gallinero ve afuera que devoran a sus polluelos.

—¡Dios mío, Dios mío! Mi Salustio... ¡Francisca!... ¡Donata!

La sirvienta no estaba. Doña Sabina no atinaba a volver al teléfono para llamar a alguien pareciéndole quizás ese conducto vedado a toda posible ayuda desde que por él había venido la desgracia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y tornó a caer en su cama, exhausta ya y el alma hecha un infierno.

La noticia del síncope de su hijo había sido falsa: una venganza de cierta sirvienta despedida por ella.

Otra de estas ex servidoras, arrinconándola a solas, la amedrentaba un día pidiéndole plata.

—¡Yo no tengo, yo no tengo!

Pero a las amenazas, la anciana sacaba de entre sus ropas un pañuelo anudado que ya iba a arrebatarle la mujer, cuando mi llegada lo impidió.

Doña Sabina había sido robada de ese modo varias veces y no lo confesaba a su hijo por temor al reto.

¡Ah, pero al fin ha llegado la calma para la madre de los Cadret! Al fin, más que la calma, reina en el alma vivaz como ninguna de doña Sabina, algo así como la dicha.

Hace dos años de esto. ¡Dos años!

Cierto que a veces, al "¿cómo te va, Bonita?" de alguna de mis hermanas, rompe a llorar pidiéndole: "¡no me digas Bonita! ¡Estoy fea, fea! Me miro al espejo y..." Cierto también que a veces insiste en que se le explique cómo murió mi madre y recuerda mucho la partida definitiva de sus otras viejas amigas. Pero todo eso no pasa de ser una preocupación natural en quien cuenta más de ochenta años. Al rato baila la anciana con mi hermana juguetona.

—¡Mirá, zonza: así es el baile moderno!

—¡Dejame, loca! ¡Dejame, loca!

Y se ríe doña Sabina olvidando el "ay ay" de sus reumas, y se pasa el resto de la tarde revolviendo roperos para mostrar alegremente todos los trapos que tiene, algunos de ellos trajes de antiquísima moda, de los que dice, con la mayor sencillez, que se los pondrá al día siguiente para hacer tal cual visita.

Y fácil, muy fácilmente se aviene a que hay que dejar sola a la sirvienta en la cocina, sin atormentarla. Y por eso también hace dos años que le va durando, como su dicha, la mujer que ahora la sirve.

¿Cuál es el motivo de este cambio?

El motivo es que existe un ser testigo de todas las idas y venidas de doña Sabina: testigo y animoso partícipe; un ser muy pobrecito, como lo necesita ella para dar objeto a su ternura desolada.

El motivo es, en definitiva, que ha vuelto el Novio Feo.

Es decir, es un nuevo can ratonero. Pero sus dos años de convivencia con ella han desarrollado en el animal la misma sensibilidad exquisita que había alcanzado el otro. Se dijera el mismo ser. Por eso a ella le parece cierto la vuelta de Susto, que ahora en la calle, no sólo es respetado por la perrera, sinó que lo es por todo el mundo. Susto alcanzó la categoría de persona con todas las inmunidades del perfecto ciudadano. Ostenta un collar, y en el collar la prueba de la patente municipal que ha sacado Salustio.

—¡Así me gusta, la Bonita, adorada eternamente por su Novio Feo!

Vuelvo a exclamar de este modo cuando visito a doña Sabina. Mi exclamación, que Susto recibe con saltos, ladridos aislados e innecesarios gemidos querendones, arranca indefectiblemente a la anciana el recuerdo de una madre. Y entonces yo, al tomar con ambas manos su cabeza, tardía en encanecer, obtengo el gozo de sentirme ocupado por una emoción dulce a fuer de muy humana: una emoción que es también divina por el hálito de alto cielo con que parece levantarme más allá de la vida. Es lo que sentía cuando con estas mis pobres manos algo temblonas de cuarentón, tomaba la cabeza vibrante de mi propia madre.

Ilustró Bernabé

Edmundo Montagne

El Proceso Dreyfus

CUANDO parecía definitivamente liquidado el famosísimo asunto del capitán judío francés Alfredo Dreyfus (quien, por cierto, vive todavía en París) he aquí que aparece un historiador alemán, el doctor Bruno Weil, que con el auxilio de nuevos documentos, da una nueva versión de aquel proceso, que en su hora mantuvo en jaque a toda Europa y gran parte de América.


Dreyfus en la época de la condena

Efectivamente, el doctor Weil ha encontrado la correspondencia privada del agregado militar a la embajada alemana en París cuando la sustracción de los documentos secretos del estado mayor del ejército francés y en esa correspondencia se revela, sin lugar a dudas, con toda claridad, quién fué el culpable de aquella sustracción, que se achacó a Dreyfus y por la que se degradó, se desterró y se encadenó al capitán judío.

El sustractor no es otro, desde luego, que el también famoso comandante Sterhazy, de quien a su hora se sospechó, pero a quien, finalmente, sólo ahora se puede culpar con pruebas.

Sólo el hecho de haber llegado a identificar definitivamente al culpable valoraría altamente este libro del doctor Weil, que por algo ha causado sensación en toda Europa, especialmente en Alemania y en Francia, llegándose a filmar para el cine y a prohibirse su representación cinematográfica también; pero hay en el libro algo mucho más importante que la reivindicación de un inocente culpado: hay la exposición vigorosa, de un dramatismo formidable, de una enseñanza política única, del cuadro europeo a fines del siglo último, el cuadro de la última gran lucha entre el poder civil y el militar, con la ulterior victoria de la civilidad. Es un cuadro sin igual, portentoso, que enseña más política y sociología, en poco trecho, que todas las cátedras universitarias del mundo.

El lector adquiere la idea de que allí, en aquel asunto tan sucio, nadie hay culpable o nadie hay inocente. Es aquello, un enredijo del mismo sistema político-militar, aceptado por Europa, el sistema de internacionalismo aparente y del odio internacional íntimo de las clases dirigentes de los pueblos burgueses; el sistema fatal del espionaje, que pervierte a todas las conciencias o las repele como un peligro social.


Dreyfus vive y es así

Ese sistema fué realmente lo culpable en el asunto Dreyfus; y de ese sistema tanto puede considerarse víctima a Dreyfus inocente, como a Esterhazy, traidor. Es lo que nos pone a la vista, de modo elocuentísimo, con vigoroso relieve, el libro del doctor Weil.

Cuentos de Dallegri

HACE casi veinte años, leíamos en aquel memorable P. B. T. de Buenos Aires (revista "para niños de seis a ochenta años") unos jugosos "Dialoguitos" de la misma estirpe de los relatos, cuadros y descripciones de Fray Mocho. Eran los tos de loguitos" de Santiago Dallegri, por donde desfilaba la auténtica gracia porteña.


Santiago Dallegri

Luego, Dallegri se esfumó, como Javier de Viana, como otros periodistas de su linaje y de su tiempo, llevándose consigo preciosos recuerdos de Buenos Aires. Es, pues, con la llegada agradable de viejos recuerdos la reciente aparición del libro "Cuentos risueños" del autor de los dialoguitos.

Se trata de un libro de relatos y escenas urbanas o suburbanas del Plata, que el autor nos trasmite con honda emoción y con una sonrisa.

El Egipto Esclavo

EL hombre occidental sabe hoy mucho más del Egipto de hace tres mil años que del Egipto actual, esclavizado por los imperialistas europeos. Es, sin duda, menos deslumbrante que el Egipto faraónico el que existe en nuestros días; pero es más humano. Se trata de un pueblo sojuzgado, que sufre, trabaja y lucha por emanciparse del yugo que le impone el capitalismo imperialista.

Idolo egipcio

Tal, al menos, nos lo revela la interesante novela "Hussein" de Elian J. Finbert, que acaba de ser publicada en español por la Editorial Zeus de Madrid. Hussein, su héroe, es el rebelde hijo del "fellah", del hombre humilde del pueblo, que lucha y se sacrifica por vencer al cruel dominador.

La lucha de Hussein contra los europeos esclavizadores del Egipto, tiene el mismo aspecto dramático de todas las luchas del mundo contra los amos, de la lucha del hindú contra el inglés, de la lucha del moro contra el español y el francés, de la lucha del nicaragüense contra el norteamericano, de la lucha del pobre contra el rico, del trabajador contra el burgués, del humilde contra el soberbio.

De paso, la obra va presentándonos una galería de cuadros egipcios a cual más llamativo.

Biblioteca del Cine

LA Compañía Ibero Americana de Publicaciones, ha iniciado la edición de una biblioteca denominada Biblioteca del Cinema, y dedicada a temas y figuras del séptimo arte.

Cuatro tomos se han publicado hasta la fecha de esta biblioteca. Uno de ellos está dedicado a Dolores del Río, la fascinadora, cuya novelesca biografía está hecha con abundancia de datos y amenidad; otro, que firma Angel Antem, trata de Mary Pickford y Douglas Fairbanks; otro, firmado por Luis Mesa, expone la técnica y evolución de los films de dibujos animados, y el cuarto, de Manuel Montenegro, es un exacto estudio de la expresión facial de los actores más famosos en el cine.

Los tomos son de formato menor, muy manuables, y están bellamente presentados, con profusión de ilustración gráfica.

"Plumas y Palabras"

MANUEL Azaña era uno de los ministros de la república española fraguada en el movimiento revolucionario de diciembre último, con el señor Niceto Alcalá Zamora por jefe; y es ministro en la república ya lograda. Se trata de un valiente escritor de izquierda, a quien se deben algunas de las más acertadas páginas contra la monarquía decadente de Alfonso XIII, contra la dictadura de Primo de Rivera, contra todo lo caduco de la España actual.

Una selección de esas páginas, donde vibran los anhelos de la España nueva, acaba de ser editada en un precioso volumen bajo el título de "Plumas y palabras". Es, pues, un libro que han de leer todos los que se interesen por el giro promisor que en España está tomando la sociedad. Ahí están algunos de los arietes con que el pueblo español derriba su opresión tradicional.

Ciencia de la Vida

CONTINUAN publicándose con regularidad los cuadernos del gran biólogo inglés Huxley y el gran escritor compatriota Wells "La ciencia de la vida", traducidos al español y editados por M. Aguilar.

Los últimos llegados corresponden a los números del 13 al 16 inclusive, y comprenden los siguientes temas:

¿Está desbaratado el darwinismo? Los comienzos de la vida; Formación de los modelos de vida; El mundo del buen tiempo perpetuo.

La ciencia y la armonía están maravillosamente conciliadas en esta obra útil y artística.

Dinero en Política

EL alemán Richard Levinsohn ha escrito un libro, que se está leyendo con profusión en toda Europa y que no ha de leerse menos entre nosotros y en la América en general. Se trata de un estudio sobre la intervención del dinero en la política.

La política requiere, como acción primordial, la propaganda de los partidos y candidatos para las elecciones. En las naciones contemporáneas, tan populosas, esa propaganda no puede hacerse sin crecidos gastos. Los partidos y los políticos tienen que disponer, pues, de dinero.

He aquí la coyuntura que el capitalismo aprovecha para influir en la política. El capitalismo es el dueño de los recursos materiales. A un partido de izquierda no se le concederá nunca. Se los prodigará, en cambio, a los grupos y candidatos que le prometan defender en el Parlamento y en los ministerios sus intereses particulares.

Esa intervención material del capitalismo en la política europea y, particularmente, en la alemana, es lo que estudia con riqueza de datos y amenidad histórica Richard Lewinsohn en su libro "El Dinero en la Política", que ha editado en español Cenit.

Pero la política no es solamente la actuación de parlamentarios y ministros o presidentes, con relación a sus electores. También es política, desde luego, la acción de los legisladores y funcionarios con respecto a los intereses generales del país y con respecto al extranjero. No se necesita menos dinero para esta actuación que para todas las demás; y también aquí es el capitalismo quien proporciona los recursos necesarios.

También de este aspecto de la intervención del dinero en la política hace minuciosa historia el autor del libro que comentamos.

Mussolini fué elevado por el capital.

Es especialmente interesante en el libro el capítulo correspondiente al fascismo italiano. Ver cómo el socialista Mussolini, expulsado de su partido y luego convertido en amo de Italia, va venciendo en la carrera pública, merced a la ayuda del capital, que veía en él el defensor de la burguesía.

También el caciquismo capitalista de Hugenberg, en Alemania, es un episodio atrayente, como el de la desdichada intervención del perfumista francés Coty en la política de su patria.

Una carta y dos epílogos

por Angel Lucas Begino

Colaboración especial para CRITICA

PRIMER EPILOGO

UNA gotita roja se desprendió de la punta del cuchillo para irse a ponerse como un sello de lacre en la madera del piso. Otra viene corriendo lentamente por el filo, pero no llega a concretarse; permanece a medio camino, estremecida por los sacudimientos nerviosos que la mano de la mujer transmite al arma.

El moribundo tiene un estertor. Las uñas de sus dedos crispados arañan las tablas del piso, arrancándoles astillas. La pierna derecha esb un encogimiento que fracasa en temblor. Los labios vibran, grávidos de palabras que no pueden nacer. Aprieta entonces la mujer el mango del cuchillo y mantiene el arma enrojecida en alto, por encima de su melena de loca, por delante de sus ojos estriados de arteriolas cargadas de sangre.

—¡Habla! — mastica la palabra, lanzándola como un escupitajo, por entre los dientes agudos de odio. — ¡Dí! ¡Llámala!

El estertor del agonizante modúlase ahora en sonidos: una cosa apenas más que un suspiro. Inclina la mujer la oreja ávida. Distingue las sílabas que se cuelan por los tartajosos labios exangües del hombre.

—E... le... na... Ele... na...

El odio de la mujer se cristaliza en fría mirada resuelta. El cuchillo desciende, trazando una efímera curva roja, como un recuerdo de dolor, en el espacio. Se hunde blandamente en la garganta, cortando la sílaba que se estaba gestando allí: la nueva sílaba. Y un chorro de sangre trágase en su hambre púrpura la señal dejada en el piso por el sello de lacre de la gota perdida.

La mujer permanece atisbando sin un parpadeo toda la agonía del hombre. Cuando aquello no es más que una cosa inanimada, se yergue. Hay en sus ojos vítreo reflejo y, en todo su cuerpo, rigidez hipnótica. Da dos o tres pasos con piernas como de madera; mira sin ver el cuchillo que aun conserva aferrado y al fin lo deja caer. El arma queda clavada en el piso, estremeciéndose también, acaso con un absurdo terror de cosa.

Cierra al salir la puerta con llave y, siempre rígida, entra en la habitación contigua. Derrúmbase en la silla frente a un escritorio. Del cajón extrae algo bruñidamente negro y lo deja sobre el mueble, a su alcance. Luego, prepara unas hojas en blanco y toma la lapicera. Moja la pluma; una y otra vez sigue sumergiéndola en la tinta, mientras su pensamiento ausente repta por las lustradas maderas del piso de la otra habitación hasta la carpeta verde y lo que hay debajo de ella. Su mirada de sonámbula se deslumbra de pronto ante la blancura del papel; recuerda qué es lo que tiene que hacer y, hurtando su pensamiento al recuerdo, comienza a escribir rápidamente, sin pausas, con ansias de que las palabras nacidas en su mente no aventajen, en la sucesión de vértigo con que surgen, a las que va trazando la pluma en las carillas.

LA CARTA

I

"DOÑA Laura:

Acabo de matar a su hijo. Perdóneme que se lo diga así, brutalmente; pero, en estos momentos, no puedo andar con circunloquios. Acabo de matar a Esteban, doña Laura; y, si le escribo a usted, es para sincerarme, para hacerle ver los motivos que me impulsaron a proceder de esa manera. todavía: para hacerle comprender por qué era necesario que lo matara; por qué tenía que matarlo, a fin de que terminara de una vez por todas esa cosa horrible que nos había enloquecido a los dos".

El moribundo tiene un estertor. Las uñas de sus dedos arañan las tablas...

Se detiene. En sus ojos hay dulzura ahora. Contempla el retrato de una anciana blanca de canas y de bondad, que sonríe desde su marco de caoba, allí, frente a ella, sobre el escritorio. Inmensa ternura desborda en ondas de su corazón, haciéndole temblar lágrimas en las pestañas. Con suave ademán se pasa el dorso de la mano por los ojos y luego, impregnada la pluma en esa ternura que la invade toda, prosigue escribiendo:

"Usted fué muy buena conmigo, señora. Todavía recuerdo sus consejos y sus recomendaciones, sus buenos consejos y sus recomendaciones santas en los ya un poco lejanos días de mi luna de miel. Comprendiendo mi situación de mujer huérfana y sola frente a la vida, supo usted ser una segunda madre para mí. Si yo le repitiese que la quiero mucho, si se lo repitiese precisamente ahora, que acabo de matar a su hijo, sé bien que mi insistencia resonaría como un sarcasmo inaudito en su corazón. Y sin embargo, señora, precisamente por eso, en este momento en que semejante dolor le causo, la quiero más que nunca..."

Tiene que reforzar esa afirmación; tiene que remacharla, que asegurarla con garfios de sinceridad en el entendimiento de la suegra. ¿Cómo hacerlo, sin embargo? ¿Cuáles palabras, qué dialéctica podrán convencer a una madre de que la mujer que ha asesinado a su hijo, la quiere? Intuye lo enorme de la obra y se espanta al adivinar que no podrá cumplirla. Y como con rabia ante su impotencia, agrega:

"Si no la quisiera tanto, mamá, no le hubiera escrito esta carta. Lo hago nada más que para evitar su maldición, para no ser aplastada por su maldición. ¿Me entiende, señora? Nada me importa, nada: tan solo no quiero ser execrada por usted. En lugar de su odio, espero su perdón. Y estoy segura de que usted, cuando sepa qué voy a hacer al terminar esta carta, me perdonará..."

II

"USTED ha leído la última novela de Esteban. ¿Recuerda a la protagonista, a Elena? Es la creación más perfecta que haya salido jamás de la mente de escritor alguno. Yo sé con cuanto amor la pulió Esteban; cómo puso su arte entero en la empresa de fabricar una mujer insuperable. Y lo consiguió, como lograba todo lo que se proponía.

Elena era maravillosa. A través de la novela iba derramando belleza, bondad, inteligencia, dulzura. Junto a ella palidecían todas las otras creaciones imaginativas; todas, hasta las mejores. Estoy segura ...bién de que nunca será superada. Hermosa, buena, inteligente y dulce, Elena era un ser de existencia imposible en la realidad. Elena no hubiera podido vivir la vida de todos los días. Elena no hubiera podido ac... en el mundo nuestro... Y, eso no obstante, mamá, por absurda paradoja, es Elena la que nos lleva a la muerte a ambos: a Esteban y a mí".

¡"Absurda paradoja"!

¿Absurda paradoja...? Ahora que la ha escrito, la expresión salta del papel, se le mete por los ojos y le golpea el corazón. Es tan real la impresión, que hasta se siente oprimida el pecho. Inspira profundamente y luego se queda con la vista colgada de las dos palabras. ¡Absurda paradoja! ¿Y por una mera paradoja, por una estúpida absurda paradoja, ella...? ¡No, no!

III

LOS sollozos la aplanan contra el escritorio y allí queda largos minutos, oculto el rostro en la curva del brazo hecho soporte para su angustia. Se repone. Debe terminar pronto con todo eso. ¡Debe terminar en seguida con todo eso!

Desde entonces hasta el fin, escribe con fiebre, encadenando el pensamiento a la tarea, sin permitir que se filtre en él ninguna divagación.

"Lo ha llevado a él y a mí me llevará cuando ponga punto final a esta carta. Y nos ha llevado por un camino extraño, irreal, monstruoso: el camino que únicamente nosotros hemos podido recorrer, temblando de horror.

Mamá: ¿se acuerda de aquel escultor griego que se enamoró de su obra? ¿Lo recuerda? Yo he olvidado su nombre y no puedo martirizar mi memoria para hacerlo resurgir en ella. Pues bien, mamá: el caso de Esteban es ése. Absurdo, ¿verdad señora? ¡El mito redivivo!

La revelación comenzó para mí una noche, hace ocho meses apenas. Lo sentí revolverse en la cama, a mi lado, inquieto. Nunca le había ocurrido tal cosa. Era el hombre de sueño más tranquilo que puede usted imaginar. Me desperté, pues, con sobresalto; y ya estiraba la mano con la pregunta: "¿Qué te pasa?" en los labios, cuando la sorpresa me amordazó. Esteban hablaba. Un nombre se escapaba de su garganta. Un nombre de mujer que no era el mío... ¿Sabe usted cuál era, señora? Era el de Elena".

IV

"EN los primeros momentos no me di cuenta de lo que aquello podía significar. No atiné a nada, a nada... Permanecí quieta, mientras él, con indecibles vibraciones en la voz, seguía destilando palabras:

—Elena... Elena mía... mía... mía...

Le aseguro, doña Laura, que había en mí más sorpresa que dolor; más curiosidad que celos. ¿Quién podía ser aquella mujer a la que mi marido invocaba con inflexiones de ternura que — y perdóneme usted, señora — nunca había tenido al dirigirse a mí? Me recosté nuevamente en la almohada; y hasta que, largo rato después, volví a dormirme, la pregunta seguiría esgrimiendo sus interrogantes en mi cerebro. ¿Quién podía ser aquella Elena...?

No supe la extraña verdad hasta dos días más tarde, al entrar en el escritorio de mi marido. El no me oyó. Estaba sentado ante su mesa de trabajo, con los codos encima de la tabla, la cabeza entre las manos y un libro frente a su vista.

Ahora sé qué fué lo que me impidió llamarle la atención. Entonces no me di cuenta, pero ahora sé que fué la intuición de lo que iba a descubrir. Lo cierto es que, sin hacer ruido, tratando de convertir en plumas, por lo liviano, a mis pies, me acerqué a él por detrás. Estaba hablando como aquella noche; estaba suspirando palabras: las mismas palabras, el mismo suspiro...

—Elena... Elena mía... mía... mía...

Pero esta vez agregó algo, la clave que me hizo lanzar un grito de sorpresa y retroceder como si me hubieran descargado un puñetazo en la frente:

—Mi amor... Mi Elena idolatrada...

Al oír aquella exclamación mía, se puso de pie y se volvió. Vi la furia chispeando en sus pupilas, la furia atroz del que se sabe descubierto, del que ve salir a luz un secreto vergonzoso guardado con celo, conservado en la oscuridad con la sañuda desconfianza del avaro y del culpable. No lo dejé dar ni un paso. El golpe de la revelación me iba acercando a la puerta, como empujándome hacia atrás. Levanté la mano, tenso el índice en la acusación.
nuto, hora tras hora, día tras día, veíame obligada a soportar eso: mi esposo haciendo ostentación de un amor que no era el mío. Mencionando sin cansancio el nombre de otra mujer. Besando ese nombre. Besando su descripción. Durmiendo con su nombre, su descripción — con ella toda — junto al pecho. Restregándome por la cara y por el alma, como un trapo sucio, esa pasión culpable... ¡Y yo, obligada a convivir con mi rival!"

VI

HA escrito hasta allí sin descansar, sin arrancar la pluma ni el pensamiento del papel. Pero, al llegar a esa afirmación, se detiene una vez más. Teme; el temor, como una presión física, aferra la mano. ¿Comprenderá la madre? ¿Comprenderá...? Sí; es una mujer inteligente. Pero, ¿basta la inteligencia, acaso, para comprender...?

Desmenuza en su memoria los recuerdos, exprimiéndoles toda la amargura que encierran. Durante largo rato contempla en la pared el desfile de las incidencias que fueron jalonando aquellos días delirantes. Rememora hasta los mínimos detalles; encuentra, en ese sucederse de angustia, fuerza para seguir. Y sigue:

"Obligada a vivir con mi rival, sí, doña Laura. Con mi rival, no por incorpórea menos existente. Porque el drama está en eso: en que Elena formaba a tal punto parte integrante de nuestras vidas ya, que había abandonado los dominios de lo imaginativo para entrar en los de la realidad... Ridículamente espantoso, ¿no es cierto? Con el espanto de los crímenes cometidos por un niño... Con el horror de las desviaciones infantiles... ¡Como si en una cuna hubiera una serpiente!

A eso me había llevado Esteban: a dos milímetros de la locura; a seguirlo en sus andanzas por lo monstruoso, a una cosa peor aun que la cometida por él. Porque yo, señora... desde algunas semanas a esta parte... he comenzado a sentir celos... celos absurdos, pero atrozmente dolorosos... celos

—¡Esteban! — escapó como un aullido de mi garganta el reproche inconcebible. — ¡Estás enamorado... de tu propia obra!"

V

"¿COMPRENDE usted ahora, doña Laura, la verdad ridícula? Esteban se había enamorado de aquella mujer incomparable creada por su mente. El cariño del padre cerebral había sido reemplazado por la pasión del amante... Amaba a Elena, a la hija de su arte, cual si fuera una mujer real, como si fuera un ente con vida, un ser de los que se pueden encontrar a la vuelta de la esquina... En eso había ido a parar aquella ansia de perfección puesta para crear un ser sublime: ¡en un amor de pesadilla!

No sabe usted qué horas tuve que vivir desde entonces. Descubierta ya su pasión infernal, Esteban no se cuidaba más de ocultarla; por el contrario, parecía solazarse en su exhibición. Tenía actitudes que herían brutalmente mi dignidad de esposa. Acostábase con el libro a la cabecera de la cama, leía largamente sus páginas — las páginas descriptivas de aquel ser—, besaba con unción las líneas que hablaban de ella..., y se dormía manteniendo el volumen contra el pecho. Yo debía soportar todo eso; debía pasar por la afrenta sin nombre de que, en cada minuto del día, mi esposo alardeara de su amor por otra mujer. Yo tenía que soportarlo... Yo... Piense usted bien en esto, señora. ¡tenía que ... tarlo!

Ahora, siga usted la ilación de la tragedia. Minuto tras mi-
brutales de Elena... ¡De Elena! ¡De una mujer que no ha existido, ni existe, ni existirá jamás! ¡He odiado a esa mujer que no es mujer, con la misma intensidad con que la amaba mi marido!"

VII

"RIASE usted, señora. Eramos una pareja de locos. Ríase usted de esa estupidez que nos ha llevado hasta la muerte. Ríase usted de esa locura que nos aniquila a los dos. Ríase, doña Laura; ¡ríase como yo, que me estoy riendo a carcajadas!"

Lo hace. Todo su cuerpo convulsionado en carcajadas, roja la faz, lacrimosas las pupilas, se echa hacia atrás y ríe escandalosamente, aferradas las manos al borde del escritorio, poniendo resonancias insospechadas en la hasta ese momento silenciosa habitación. Mas, de repente, su mirada tropieza con la cosa bruñidamente negra que permanece frente a ella y su pensamiento se... hasta la otra pieza, repta de nuevo por el piso se acurruca junto al bulto verde... La risa se quiebra en lamento; los brazos se doblan; el cuerpo vuelve a inclinarse sobre el escritorio y la pluma chirría otra vez en el papel.

"Hasta que hoy... Pero, ¿a qué entrar en detalles? Fué una cosa que destilaba asco. Le eché en cara toda la amargura acumulada en ocho eternos meses. Me ha gritado también reproches nauseabundos, insultos de los que no le creía capaz. Y ha surgido, al fin, Elena entre nosotros...

¿Me creerá usted, doña Laura? Escuche mis palabras:

—¡Mataré a esa Elena maldita, que ha venido a...!

¡Mataré a Elena! Ahora... Pero él estaba tan loco como yo.

—¡Atrévete a hacerle daño... y primero has de morir tú!

¡Hacerle daño a Elena, a una mujer que...!

Pero estoy desvariando todavía. No necesito recalcar lo que usted ha comprendido de sobra ya. Al escuchar su desafío, marché hasta el escritorio, tomé su libro —su libro, su novela, su descripción de Elena y de la vida de Elena— y lo rompí en pedazos. Lo rompí en pedazos como hubiera destrozado el corazón de mi rival; lo despedacé como si fuera su corazón lo que tenía entre las manos...

L... y su alarido se precipitaron contra mí. Eran garfios sus manos al aferrar mi garganta. Me echó sobre el escritorio... apretó... apretó... Puntitos de luz me quemaban las pupilas. Oleadas turbias iban oscureciendo mi vista. Retiré hacia atrás las manos, en procura desesperada de una ayuda... y toqué algo largo, frío, punzante.

Era precisamente, doña Laura, ese puñal florentino que usted regalara a su hijo y que él usaba como cortapapeles".

VIII

"NO sé dónde le dió el arma. Por un segundo abrió mucho los ojos, pintando en ellos un interrogante: "¿Qué has hecho...?" Luego, escuché el golpe que dió contra el suelo. Yo estaba convertida en una bestia furiosa. Ocho meses de odio se concentraban en la punta de mi puñal; de un odio tal, que me prestaba arranques de vitalidad insospechados. Repuesta en un instante, me incliné sobre él. Esperaba... Sabía que algo se iba a producir... Algo monstruoso, pero que yo deseaba con fuego en el alma. Algo inevitable y dolorosamente placentero, como una punzada en la médula espinal. Algo que no podía detenerse ya...

Lo conminé, mordiendo mi rabia. Lo obligué a que hablara. Y habló. Llamó a alguien —lo que yo esperaba. Pero no a mí, señora, reconciliados frente a la muerte; ni tampoco a usted, su madre; llamó a...

Ya lo imagina usted. Justifique entonces también la puñalada que asesté en su garganta para que ... terminara de modular ese nombre. Era una puñalada en que mi odio nos vindicaba a usted y a mí...

Ahora, ya lo sabe usted todo. Ignoro si me perdonará; más lo espero de su dolor. Dos locos han dejado de sufrir; esta cosa horrible va a terminar del todo ahora mismo. Tenía que hacerlo, doña Laura...

Adiós. Beso aquí esta carta. ¿Lo hará usted también...?"

SEGUNDO EPILOGO

"...La policía ha logrado establecer que la señora dió muerte de dos puñaladas a su esposo, suicidándose luego en la habitación contigua, donde se halló su cuerpo, con un revólver que todavía conservaba en la mano".

Ilustró BERNABE